

UN AGUJERO EN EL ESPACIO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

558 — La batalla de Sarkamat, *A. Thorkent*

559 — El robot que quiso ser rey, *Glenn Parrish*

560 — El peligro latente de Mhurg, *A. Thorkent*

561 — Prodigio en Kronkay, *Kellton McIntire*

562 — Colisión de tiempos, *Clark Carrados*

A. THORKENT

UN AGUJERO EN EL ESPACIO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.º 563
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 8.897 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain.

1ª edición: mayo, 1981

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Ordo entró en el camarote de Hunt Logan le encontró leyendo por décima vez el contrato.
—¿Es que aún no te lo has aprendido de memoria? —preguntó de mala gana.
Hunt le devolvió una mirada funesta.
—Sabes perfectamente que desde hace dos días estoy tratando de encontrar una forma legal para anularlo sin que nos arruinen por incumplimiento.
Ordo se sentó pesadamente frente a su amigo y socio. De entre su abundante barba asomó una sonrisa pícara.
—¿Y has tenido esa suerte?
—No —replicó Hunt resoplando. Se restregó los ojos, cansados—. Y sabes bien que lo lamento.
Su gigantesco interlocutor movió la cabeza.
—Hunt, Hunt, por los dioses. ¿Cómo podría convencerte que éste será el mejor negocio que habremos hecho en nuestras míseras vidas?
—Me gustaría pensar como tú.
—Pues es fácil. Ten siempre presente que cuando este asunto haya terminado nos habremos embolsado cinco millones de créditos. ¡Y esta maravillosa nave, la magnífica «Polifemo», será completamente nuestra!
Hunt agitó los papeles delante de la nariz de Ordo. —Precisamente por esa enorme suma de dinero que están dispuestos a pagamos tus clientes...
—Clientes de los dos —le recordó rápidamente.
—Realmente son tuyos, amigo. Tú los hallaste o ellos te encontraron a ti y tú firmaste estos papeles. Quería decir que no me deja dormir tratando de imaginarme qué aspecto sucio existe detrás de estas líneas que forman las endemoniadas cláusulas.
—¡No hay nada ilegal, querido amigo! —exclamó Ordo abriendo los

brazos.
—Con una densa palabrería de leguleyo de poco fiar nos han atado, Ordo.
—Si insinúas que nos piden algo más de lo normal debes pensar que es lógico teniendo en cuenta la cantidad de dinero que nos pagarán.
—Seguro. Es diez veces más de lo que vale nuestro servicio.
Ordo agitó la cabeza, como si estuviese cansado de intentar calmar a su compañero.
—Mira las cosas como son, Hunt. Este trabajo nos hará sentirnos tranquilos, pagaremos nuestras deudas y nuestra incipiente compañía, la Transtars, tendrá un sólido crédito. Cuando nuestros banqueros cobren hasta el último crédito se desvivirán por damos más préstamos. En poco tiempo tendremos más naves y varios navegantes que trabajarán para nosotros...
—Déjate de soñar despierto —le miró fijamente—. ¿Sabes tú realmente hacia qué lugar de la galaxia nos dirigimos?
—¡Pues claro! ¿Es que te figuras que soy un imbécil?
—No me entiendes. Ordo, allí no hay nada.
—¿Nada? —el gigante frunció el ceño—. ¿Cómo lo sabes?
—Porque me he pasado tres horas de mi sueño repasando en el computador todos los datos que tenemos de esa zona, revisando los mapas estelares y allí, en donde surgiremos del hiperespacio no hay nada. Al menos no existe ninguna estrella en un pársec de diámetro. ¿Para qué quieren ir esos locos allí?
Ordo se movió un poco inquieto.
—Demonios, Hunt, no había pensado en eso... Yo... Bueno, tal vez haya allí algún planeta todavía desconocido...
—No. Me he asegurado bien. Esa zona está desprovista de soles y lo suficientemente explorada como para que nadie sienta curiosidad en recorrerla. ¿No te parece extraño? .
—No mucho, la verdad. Pudiera ser que ese viejo y su hija sean científicos y deseen realizar allí algunas mediciones... ¿Qué sé yo? De todas formas saldremos de dudas dentro de poco, ¿no?
—Sí, así es. Según las instrucciones entregadas por el señor Lazaga saldremos del hiperespacio dentro de treinta horas. Entonces sabremos cuáles son sus verdaderas intenciones.
—Eso está claro, Hunt. Según el contrato tenemos que ir al lugar donde ellos nos señalarán en un determinado punto del espacio. Allí desembarcaremos la mercancía que transportamos. Nada más.
—¿Nada más? —Hunt golpeó con un dedo los papeles—. Hay más, piloso amigo. Existe una cláusula que nos obliga a permanecer donde ellos nos digan que debemos desembarcar la mercancía el tiempo preciso, hasta un límite de tres semanas.
—Pero también habrás leído que durante ese tiempo percibiremos

cien mil créditos por día —sonrió triunfador Ordo—. Si estamos tanto tiempo serán más de dos millones más. Y aún podemos prolongar nuestra espera, según consta en contrato, durante otros veinte días, pero con un aumento del cien por cien. Imagínate que estamos en ese lugar, una vez desembarcada la mercancía, cuarenta días. ¿Te puedes imaginar el dinero?
—Claro que sí. Pero mi pregunta es: ¿dónde tenemos que esperar?
—Demonios, Hunt. ¿Qué importa un lugar u otro? Será, por supuesto, un planeta. Ellos no irán a meterse dentro de una estrella, ¿no? Ya sabes como son los científicos... Todos unos chiflados temerosos de que algún colega les pise una investigación.
—¿Por qué supones que son científicos?
—Porque no soy tan tonto como tú piensas —sonrió Ordo—. El viejo Jonas Lazaga es profesor en galactología y su chica, Rebeca, creo que también es algo importante. Pero hombre, ¿por qué eres tan receloso?
—Échale la culpa a mi instinto. Es demasiado dinero y todo está algo oscuro. Si yo hubiese estado cuando esa pareja te buscó y contrató me habría negado en redondo.
—Afortunadamente tú estabas de gira al otro lado del planeta Altear y no echaste a perder el fabuloso negocio —rió Ordo.
—Al menos lo hubiese pensado más detenidamente.
Ordo se levantó pesadamente. Hizo un gesto como si ya estuviese cansado de intentar calmar a su compañero de cuan infundadas eran sus preocupaciones.
—Tómate una ducha y descansa un rato. Yo me voy al puente de mando. Aunque esta nave es casi totalmente automática es mi turno de guardia. No te olvides de que te toca dentro de ocho horas. Al computador hay que vigilarlo de vez en cuando.
Salió del camarote gruñendo y Hunt, cuando se hubo quedado solo, emitió una sonrisa. Cruzó los brazos y pensó que tal vez su amigo tenía razón y él estaba viendo fantasmas en exceso. ¿Acaso era porque aquel gigantón de poco seso y corazón de niño había conseguido un negocio tan extraordinario que a él se le antojaba como una sutil trampa? Aunque Ordo no lo había ni siquiera insinuado, era posible que su socio terminase pensando que él se sentía celoso, si insistía tanto en ver algo malo donde aparentemente no había nada anormal.
Cogió el contrato y lo paseó delante de sus ojos. Sí, tenía que admitir que era algo extraño en parte de su contenido, pero tal vez el exceso de detalles en algunas cláusulas y vaguedades en otras sólo se debía a una redacción producto de alguien no muy ducho en aquel tipo de trabajos legales.
Cuando Hunt preguntó a Ordo por qué no habían tomado un

formulario corriente y se habían limitado a rellenar los espacios en blanco, el gigante le replicó que la chica ya lo llevaba redactado.
La chica se llamaba Rebeca Lazaga y era muy hermosa.
Todavía la recordaba la primera vez que la vio en la antesala del puente, cuando Ordo se la presentó al mismo tiempo que al señor Lazaga, un hombre que frisaría el medio siglo, de aspecto saludable y alegre, aunque algunas veces pareciera taciturno y sumido en mil pensamientos.
Rebeca poseía una belleza turbadora y al caminar su cuerpo se cimbreaba voluptuosamente. Su larga cabellera rubia la llevaba recogida con un aro de metal rutilante.
Sólo la había visto dos veces desde que partieron de Altear y Hunt pensó que le gustaría verla sonreír. Rebeca mostraba tristeza en sus grandes ojos azules y cuando le habló escuetamente parecía querer rehuir su mirada.
En la bodega del «Polifemo» transportaban unos bultos grandes que Ordo ya había embarcado cuando él se presentó en el astropuerto. Había preguntado al señor Lazaga por el contenido y éste le replicó que en su debido momento sabría de lo que se trataba. Entonces Hunt se molestó un poco y se refirió a las normas de navegación, las cuales permiten al capitán de un carguero a conocer la índole de lo que alojen en las bodegas.
El señor Lazaga le dirigió una mirada pequeña y replicó que el contrato suscrito por él con la Transtars no le obligaba a manifestar el contenido de los contenedores.
A partir de ahí Hunt empezó a repasar con detenimiento el contrato que su socio había firmado. Tal como había dicho el señor Lazaga, ellos, él y su hija, no tenían que declarar lo que habían embarcado en Altear. La Transtars debía llevarlos al lugar donde los contratantes solicitasen.
Hunt soltó un resoplido y salió del camarote. Por el pasillo, con el contrato bajo el brazo, encendió un cigarrillo y fumó lentamente hasta que llegó al comedor. Del automático sacó una taza de café y un bocadillo.
Debió un sorbo e iba a dar el primer bocado cuando Rebeca entró. Le miró un instante y luego retrocedió un paso, disculpándose:
—Oh, lo siento. No sabía que usted estuviese aquí... Hunt soltó el bocadillo y le dijo, mordaz:
—Vamos, siéntese. El contrato especifica que la Transtars está obligada a darle de comer a usted todo cuanto quiera mientras estemos a su servicio, señorita Lazaga —Y empujó por encima de la mesa los papeles.
—Muy irónico por su parte, capitán —dijo Rebeca sirviéndose un zumo de frutas. Con el vaso en la mano se sentó al otro lado de la

mesa, frente a Hunt.
—¿Le resulta mi compañero más amable que yo? —preguntó con la boca llena, masticando rápidamente.
—Al meno no es hiriente en sus apreciaciones —replicó ella.
—Soy sincero. Yo no habría aceptado este trabajo.
—¿Hubiera pedido más dinero?
—No me entiende. Me gusta trabajar en asuntos claros. Y este me parece muy oscuro.
—Algunos inconvenientes ha de tener cuando le pagamos tanto, ¿no?
—Aún no he visto el dinero en mis manos...
—Pero sabe que está seguro. Primero al señor Ordo y luego a usted, les hemos mostrado los avales bancarios. En Altear disponemos de dinero para pagarle con creces sus servicios.
—Dígame adónde vamos.
—Lo sabrá pronto, capitán —sonrió Rebeca.
—¿Lo ve? Me desagradan los misterios. ¿Acaso han descubierto un tesoro, un filón de uranio o uteritita?
—No somos buscadores de tesoros ni de yacimientos raros.
—¿Qué son entonces?
—Científicos.
— Ya. ¿Qué nueva estrella han descubierto? ¿Acaso creen que la galaxia saltara en pedazos de un momento a otro y quieren huir lejos?
—No sea catastrófico, señor Logan. Le repito que cuando dejemos de navegar por el hiperespacio mi padre y yo le plantearemos cuál será el siguiente salto y nuestro destino definitivo.
—Le adelanto que si en sus sugerencias encuentro algo que no me complazca no seguiremos adelante.
Rebeca soltó el vaso sobre la mesa y parte de su líquido espeso se derramó. Miró con sequedad a Hunt
—Usted hará lo que le digamos o...
—Termine, señorita. ¿Qué pasará si nos negamos mi compañero y yo?
—El contrato suscrito está registrado en Altear. ¿Ignora que deberán indemnizamos tanto que tendrán que vender hasta el último tornillo y mesa de su compañía y que incluso así nos seguirán debiendo dinero?
—Pero...
—Vamos, cierre la boca y abandone esa cara de asombro. ¿Por qué se asombra? ¿No dice que ha leído varias veces el contrato? Pues en el apartado final dice muy claramente que cualquier incumplimiento por su parte les obligará a pagarnos el Quíntuplo de todos los haberes que cobrarían en caso de nevarlo a feliz cumplimiento... siempre contando con la aprobación, por supuesto de mi padre y mía.
Y Rebeca se levantó dejando a Hunt sentado, lleno de rabia y

sintiendo que la sangre le hervía.

CAPÍTULO II

Una nave carguero del tipo del «Polifemo» estaba lo suficientemente automatizada como para que un solo hombre pudiera dirigirla a cualquier lugar de la galaxia con poco esfuerzo. Sólo era preciso acudir al puente de mando cada cierto período de tiempo y verificar los registros y pulsar el computador para que éste emitiese el consabido informe de conformidad.

Pero cuando se está a punto de salir del hiperespacio la presencia humana no sólo es recomendable, sino casi imprescindible. El computador ha finalizado su función y se relega a un discreto rincón, esperando que el navegante le inserte nuevas órdenes en forma de placas de titanio.

El «Polifemo» entró en el espacio normal y en la pantalla delante de Hunt aparecieron las estrellas. A continuación, de la ranura saltó la placa que hasta entonces había estado usando el computador para la navegación a través del nunca bien conocido hiperespacio, viajando a muchas veces la velocidad de la luz.

Hunt se encontraba presente, sentado en el gran sillón que se deslizaba delante de las consolas de controles. Recogió la placa codificada y la sostuvo delante de sus ojos. Era la misma que dos días antes Rebeca Lazaga le había entregado. Allí estaba la ruta que hasta entonces había seguido. Podía saber fácilmente donde estaban, pero eso no era lo más importante. La cuestión era conocer cuanto antes hacia dónde iban a dar el próximo salto.

La placa de ruta estaba elaborada en Altear. Leyó las minúsculas letras situadas al pie, pertenecientes a una compañía de regulación de navegación. Cualquier podía alquilar un codificador y confeccionar una placa con la ruta deseada.

Escuchó pasos a su espalda, producidos por pies pequeños. Sabía que era Rebeca. Era la primera en llegar. Alzó la placa por encima de su cabeza, agitándola. Sin volverse, preguntó

—¿Usted hizo esta codificación?

—Sí —respondió Rebeca situándose al lado de Hunt. De reojo él vio que ella llevaba otra placa entre sus manos. —Ha llegado el momento —suspiró Hunt tendiendo la mano.

Ella le entregó la nueva placa.

Mientras entraban en el puente Ordo y Jonas Lazaga, Hunt insertó la placa en el lector de navegación. Del techo descendió una gran pantalla brillante. Durante unos segundos Hunt estuvo siguiendo con la mirada el punto rojo que se deslizaba entre la reproducción estelar.

El punto rojo se perdió cuando estaba exactamente en el centro de la

pantalla. Hunt frunció el ceño.
—Eso sólo puede ocurrir... —empezó diciendo cada vez más alarmado. Giró su asiento y se quedó observando a Rebeca—. ¿Sabe por qué se ha esfumado nuestra réplica de ruta si inserto su nueva placa en el computador?
—Claro, señor Logan. Es un punto negro. Está a tres años luz de aquí en dirección al borde situado en el sector NN-598.
Ordo se acercó a la pantalla y se quedó mirando la reproducción. Hunt se levantó del sillón y preguntó al señor Lazaga:
—¿Sabe que aún conocemos muy poco de lo que sucede cuando una nave se coloca dentro de un punto negro a velocidad superlumínica?
—Desde luego, capitán Logan —asintió el hombre, impávido—. Pero nosotros sí tenemos experiencia en ese tipo de navegación.
—¿Nosotros? ¿Quiénes tienen experiencia?
—Mi hija y yo hemos penetrado en tales circunstancias en un punto negro y... hemos regresado de ahí perfectamente.
—No he oído nada parecido, ningún anuncio en ninguna parte. ¡Y un hecho de tal envergadura debería haber sido notificado al Consejo Regulador del Espacio! ¿Por qué no lo hicieron?
—Porque aún no era el momento.
—Hunt, creo que tenías razón cuando me dijiste que esta gente se disponen a hacer algo... digamos no muy limpio —intervino Ordo.
—Bah—exclamó Jonas—. No hay nada ilegal en nuestra actitud, señores —se colocó delante del computador, señalándolo. Miró a Hunt—. Ahora, capitán, si es tan amable inserte la nueva placa.
—No lo haré mientras no nos den una explicación completa.
—No tenemos ninguna obligación —dijo, con altanería, Rebeca—. Ustedes están obligados a obedecemos.
—El contrato no habla de viajar por un agujero negro —estalló Hunt.
—Si tiene buena memoria recordará que ustedes están obligados a ir a donde nosotros queramos, siempre que les demostremos que no existe peligro, hecho que quedará demostrado al seguir a su lado.
—Muy sagaz.
—¿Qué quiere decir esa mujer, Hunt? —preguntó Ordo.
—Muy sencillo. Que estamos obligados a ir a donde ellos digan siempre que no abandonen la nave. Su presencia indica que no existe peligro en la ruta que ellos dicten.
—Ese tipo —dijo Ordo señalando a Jonas— es muy listo.
Un contrato maquiavélico, ¿no? —Lo redacté yo —aclaró Rebeca.
Hunt soltó una maldición entre dientes y se acercó al computador.
—Lo suponía —dijo acercando a la ranura la placa. Entonces la sostuvo entre las dos manos e hizo una ligera presión en el metal—. Pero si yo la rompo no servirá y tendremos que regresar, ¿no?
La sonrisa de Hunt, que empezaba a ser divertida, se esfumó cuando

Rebeca, sin perder la calma, dijo:
—Tengo otra copia, señor Logan. Escuche, no perdamos más el tiempo. Mi padre y yo les prometemos que nada nos ocurrirá. Estamos seguros porque nosotros ya estuvimos en ese agujero negro una vez y podemos decir que existe mucha leyenda acerca de ellos.
—¿Qué hayal otro lado?
—Un lugar de la galaxia, perfectamente localizable, pero situado a 200 millones de años luz. Como verá es un viaje muy largo para hacerlo incluso por el hiperespacio. Viajando a superluminosidad por un agujero negro, por ese en concreto, estaremos en nuestro destino apenas transcurridos tres días.
—Eso es imposible. No puedo creerlo.
—Sólo puede convencerse insertando la placa, señor Logan.
—No tengo miedo, si es lo que piensa. Pero me gusta saber lo que se pondrá delante de mí.
Jonas Lazaga llamó la atención de Hunt con una ligera tos y dijo:
—Capitán, le prometo que cuando estemos en camino de nuestro destino definitivo le pondremos al corriente de nuestras pretensiones, las cuales no pueden estar más justificadas y, por supuesto, llenas de legalidad.
—Me gustaría creerle —replicó Hunt metiendo en la ranura, muy despacio, la placa. Escuchó que Rebeca suspiraba levemente y entonces pensó que ella se había tirado un farol al decir que disponía de otra copia de la placa. Pero ya el computador estaba actuando y dentro de pocos instantes se dirigirían hacia el misterioso agujero negro.
—Debe empezar a confiar en nosotros —dijo Rebeca. Parecía muy aliviada, más tranquila—. No se arrepentirá. Gracias, capitán.
—No me las dé. En realidad usted me obligó. Y apostaría un millón de créditos que no disponía de una copia de esa maldita placa.
—Es cierto, no la tenía. Pero creí morir cuando le vi la intención de destruirla. Ya sabe cuán frágiles son...
—¿Por qué desea tanto ir al otro lado del agujero negro? ¿Qué hay allí?
—Un planeta que nosotros bautizamos Ruskana. Gira alrededor de un sol rojo muy viejo Pero el mundo aún es hermoso, casi una copia de nuestra vieja Tierra. Le gustará.
—Eso lo veremos. ¿Qué hay allí?
—Tenemos una cita en Ruskana, señor.
—¿Una cita?
—Sí. Nos esperan.
—¿Quiénes les esperan?
—Tres hombres. Y uno de ellos es mi marido —dijo Rebeca.
Y Hunt sintió deseos de detener el proceso ya iniciado por el

computador, pero en aquel momento se oscurecieron de nuevo las estrellas reflejadas en las pantallas.
Estaban entrando en el hiperespacio.

* * *

—¿Reconoces este lugar? —inquirió Ordo.
—Si. El mapa galáctico no ha tenido ningún inconveniente en establecer el lugar donde nos hallamos. Creo que el hombre aún habría tardado muchos años en llegar aquí por medios convencionales.
—Doscientos millones de años luz es como para marear a alguien —silbó Ordo.
Hunt asintió. Miraba con fijeza, el gran sol rojo.
—Detrás nuestro ha quedado el agujero negro —se volvió para estudiar el gesto de su amigo al decirle—; Casi tres días navegando a través de algo aún desconocido, que no ha tenido una explicación creíble es algo inquietante, Ordo. ¿Cuánto mide este espacio negro? No lo sé. Es posible que no exceda de un largo de un par de años luz, o tal vez menos. Cruzarlo inmerso en el hiperespacio impide que los medidores convencionales efectúen un trabajo limpio.
—¿Cómo se llama esa estrella? —preguntó ardo señalando la roja hoguera distante a unos trescientos millones de kilómetros de su situación.
——No lo sé. Me recuerda a Betelgeuse por su grandeza. Es un astro viejo. Quizá dentro de algunos millones de años se convierta en nova.
—Pero el planeta tiene un nombre: Ruskana. ¿Por qué Ruskana:
—Pregúntaselo a los Lazaga —Hunt se encogió de hombros—. Es el único planeta que circunda ese gigante. Lógicamente tendría que ser un mundo viejo también, pero, el viejo dice que es un planeta tipo Tierra. ¿Cómo es posible?
Ordo abrió la boca.
—Es verdad —dijo quedamente—. Cuando el Sol sea viejo y aumente de tamaño y su color se vuelva rojizo, Mercurio, Venus y la Tierra serán atraídos por la enorme masa solar. Los demás planetas del sistema serán viejos e inhabitables. No. Esto no tiene lógica.
—Pronto saldremos de dudas. No queda mucho tiempo. —Hunt actuó sobre los mandos y en una pantalla apareció una esfera de hermoso color azul, festoneada de blancos puros—. Ahí tienes a Ruskana. Es todo lo que podemos aumentar su imagen con el telescopio. Un bello planeta, ¿verdad?
—Me congratula que le guste Ruskana, capitán —dijo Rebeca entrando en el puente, seguida de su padre.
—Al menos desde esta distancia, sí —replicó Hunt con sorna.
Después de haber contemplado la pantalla unos instantes, Rebeca

preguntó sin apartar su mirada del planeta:
—¿Cuándo aterrizaremos?
—Paradójicamente, tardaremos dos días en salvar los cien millones de kilómetros que nos separan de Ruskana.
—Estoy impaciente por descender.
—Aún no me ha dicho cómo se llama su esposo ni lo que está haciendo en Ruskana.
—Se llama Lou Merlo y los otros dos hombres son Lemer Corvee y Slat Wilson —respondió el señor Lazaga.
Hunt le miró haciendo girar su sillón.
—Le recuerdo, señor Lazaga, que usted y su hija nos prometieron que nos darían explicaciones concretas antes de descender en Ruskana.
El viejo arrugó el ceño.
—No recuerdo eso exactamente. Al menos no el momento exacto. Pero es igual. Ahora puede ser la ocasión, señor Logan —Jonas atrajo un sillón y se situó frente a Hunt.
La chica se colocó detrás de su padre y Ordo cruzó los brazos sobre su hercúleo pecho y hundió la barbilla en el cuello.
—Bien, le escuchamos —dijo Hunt, mientras encendía un cigarro lentamente.
—Hace dos años —dijo Jonas—, pocas semanas después que mi hija Rebeca se casó con Lou Merlo, embarcamos en una nave de mi propiedad en dirección a un sector galáctico poco explorado. La nave era moderna, llamada «Barracuda», y con ella nos sentíamos capaces de todo. Nos acompañaban los hombres que le ha dicho Rebeca que están ahora en Ruskana con Lou y otro más llamado Lank Kewin.
»Después de los dos primeros meses y haber visitado algunos planetas sin valor alguno, sufrimos una avería al cruzar una zona electromagnética de alta concentración. Nuestro sistema de navegación se averió y no pudimos evitar caer en el agujero negro con impulsión superlumínica. Al cabo de unos días, cuando creíamos que nunca saldríamos de aquella vorágine desconocida, nos encontramos delante de una estrella roja gigante. Localizamos un mundo situado a doscientos millones de kilómetros de ella y hacia allí nos dirigimos, navegando ya a velocidad normal y con la confianza de poder reparar nuestras averías en la superficie.
»Estábamos tranquilos porque sabíamos que podíamos volver a la Tierra ya que habíamos identificado aquella zona galáctica, aunque nos atemorizaba un poco el saber que habíamos viajado doscientos millones de años luz a través del agujero negro. Pero Lou nos daba confianza diciendo que cruzándolo en dirección inversa recorreríamos el camino sin problema alguno, Lou tenía su teoría, que yo no admití entonces mucho. Decía que el agujero negro era como un atajo en el espacio, siempre reversible Por lo tanto, carecía del peligro que los

temores de los navegantes eslelares habían sentido siempre por esas manchas negras que siempre rehuían.
»El planeta fue una sorpresa para nosotros. Era tipo Tierra y tenía casi sus mismas características, si exceptuamos una masa ligeramente mayor y una atmósfera densa y rica en gases inertes, pero con el suficiente oxígeno e hidrógeno para nosotros. En casi un sesenta por ciento estaba cubierta por mares y océanos y contaba con un solo continente y millares de islas.
»Descendimos en el continente, en una llanura situada a pocos kilómetros de una extraña montaña que nos describió el oscilador de masas.
Jonas Lazaga calló un momento y cruzó con su hija una mirada, expresión que Hunt captó. En los ojos del hombre parecía haber surgido un destello de vacilación, que la chica se lo hizo desaparecer con una sonrisa.
—La avería era simple —siguió diciendo Jonas— y reparamos el sistema de navegación. Pero ya no teníamos prisa en abandonar Ruskana...
—¿Por qué bautizaron ese planeta con el nombre de Ruskana? —preguntó Hunt.
—Eso no tiene ahora importancia —respondió Jonas, palideciendo ligeramente—. Déjeme terminar. No queda mucho. Como ya he anticipado, capitán Logan, nuestra historia puede ser sorprendente, pero en realidad es vulgar. Ruskana era lo que estábamos buscando, un mundo hermoso y joven, con un clima maravilloso. La vegetación es igual a la nuestra y prácticamente carece de animales feroces, abundan, en cambio, otros seres que pueden ser usados como suministradores de proteínas, dóciles y de carnes exquisitas. ¿Es que no comprenden que con aquel descubrimiento, además del haber cruzado con vida un agujero negro, íbamos a ser brutalmente ricos? No sólo regresaríamos a la Tierra con la noticia de la existencia de un mundo que por cuya concesión de derechos de colonización nos iban a pagar miles de millones de créditos, sino que gracias al agujero negro no se necesitaba más de una semana en llegar hasta él.
—Siga —dijo Hunt, arrojando el resto de su cigarro por el incinerador.
—Estábamos a punto de regresar cuando Corvee y Kewin salieron a explorar la montaña cercana. —Entonces Jonas rehuyó seguir mirando de frente a Hunt y a Ordo—. Sólo volvió Corvee. Dijo que Kewin se había perdido y que lo que nos parecía tal montaña era algo muy extraño, como una rampa de casi mil kilómetros de extensión que ascendía a lo largo de tres o cuatro mil kilómetros.
«Lou dijo que Rebeca y yo debíamos regresar a la Tierra a otro mundo civilizado y regresar con el equipo preciso para explorar la Montaña; que él, Corvee y Wilson nos esperarían. Rebeca intentó

convencerle, hacerle desistir. Pero Lou y los demás querían quedarse, esperamos al pie de la Montaña. Mientras tanto confiaban en encontrar a Lank Kewin...»
—¿Quiere decir que partieron entonces, señor Lazaga? —preguntó Hunt.
—Sí.
—Usted está mintiendo.
—Señor Logan...
—Recuerdo que dijo que hace dos años iniciaron su viaje y al cabo de los dos meses entraron en el agujero negro. Han pasado, pues, veintidós meses desde que abandonaron Ruskana. ¿No es demasiado tiempo?
El viejo bajó la cabeza y Hunt vio que Rebeca se mordía los labios. Entonces ella se adelantó, colocó las manos sobre los hombros de su padre y dijo:
—Cuando empezó a hablar y se refirió al tiempo temí que ustedes se dieran cuenta. Mi padre no ha mentido. Ha dicho la verdad. El y yo partimos de Ruskana hace exactamente veintiún meses y diez días. Nos dirigíamos tranquilamente en dirección al agujero negro, pero al salir de él nos extraviamos. El navegador no estaba bien reparado. Durante casi un año estuvimos vagando por el espacio, apenas capaces de alcanzar la velocidad de la luz...
—¡Entonces no existe ninguna garantía de que volvamos a cruzar ese maldito agujero negro en el regreso y nos hallemos a salvo al otro lado! —Gritó Ordo—. Su inestabilidad interna puede afectar a la nave y...
—¡No! —replicó Rebeca con vehemencia—. El navegador estelar estaba reparado adecuadamente, pero inesperadamente se averió. ¿Por qué ha de ocurrir de nuevo?
—Se les averió cuando se aproximaron al agujero y de nuevo quedó inservible al cruzarlo —masculló Ordo.
—Déjala terminar, Ordo —le pidió Hunt, molesto ante las interrupciones de su amigo—. A nosotros no se nos ha averiado, ¿no? Siga, Rebeca.
—Fueron unos meses terribles, durante los cuales corrimos el peligro de quedamos sin alimentos. Al final localizamos un mundo recientemente colonizado, pero el «Barracuda» estaba demasiado deteriorado por los constantes cambios de velocidad. Lo tuvimos que vender como chatarra y con ese dinero adquirir unos pasajes para la Tierra. Bueno, eso fue lo que pretendimos, pero sólo pudimos llegar a Altear. Allí permanecimos el resto del tiempo intentando solicitar ayuda de nuestros amigos en la Tierra. Al fin conseguimos convencer a varios y nos enviaron una remesa de dinero con el que adquirimos el material que Lou nos pidió y que consideraba indispensable para la

exploración de la Montaña. Entonces les contratamos. Eso es todo.
Hunt negó con la cabeza.
—No, creo que no es todo. ¿Qué hay en esa Montaña?
—Lo Ignoramos. Pero puede ser un descubrimiento único.
—Otra cosa que no me gusta de este maldito asunto es que ustedes no parecen tener tanto dinero, y que incluso el aval bancario de Altear puede ser falso —dijo Ordo, ante la sonrisa divertida de Hunt—. ¿Se lo gastaron todo en adquirir la mercancía que transportamos en la bodega? Hunt, si es así podemos dar por terminadas nuestras relaciones con esta gente y volver cuanto antes a Altear. E incluso podríamos demandarles por...
—¿Por qué, Ordo? —Hunt estaba divertido. Ahora era su amigo quien parecía ponerse en contra de los Lazaga, mientras que él... Bueno, a él le estaba gustando aquella aventura—. Sería una estupidez volvemos ahora, cuando estamos tan cerca, ¿no? y yo estoy deseando ver de cerca Ruskana y esa Montaña que tanto les interesa a nuestros clientes.
Reheca suspiró y dijo:
—Gracias señor Logan. También gracias a usted, señor Ordo.

CAPÍTULO III

La pantalla principal era utilizada para que el oscilador de masas reflejase gráficamente la topografía de la superficie.
Rebeca, sentada al lado de Hunt, parecía excitada ante la proximidad del descenso. De vez en cuando Hunt la miraba de soslayo y sonreía gravemente para su interior.
—Esta es la posición exacta, señor Logan —dijo Rebeca después de contrastar con sus datos los reflejados gráficamente por el oscilador y detector.
—¿Por qué no me llama Hunt, simplemente? —preguntó Logan.
—Está bien. Lo haré si me llama Rebeca. ¿Amigos?
—Nunca hemos sido enemigos.
—No, pero usted siempre se mantuvo distante de mí desde que comenzamos el viaje.
—Eh, eh. No te olvides que ya podemos tuteamos —rió Hunt—. Llámame por mi nombre si no quieres romper esta incipiente amistad.
Hunt fijó su atención a las líneas brillantes mostradas en la pantalla. Sobre ellas destacaban las que configuraban la extraña montaña. Era algo de unos dos kilómetros de largo que tenía casi mil en su base y posiblemente dos mil en su parte superior.
—Nunca he visto una montaña tan extraña —musitó Hunt—. Se va estrechando levemente a lo largo de dos mil kilómetros hasta una altura de casi mil novecientos metros y allí apenas tiene doscientos

kilómetros de ancho. ¿Qué es?
—Al parecer un capricho de la naturaleza. En el extremo norte está cortada a pico. Allí existe una elevación de casi un kilómetro.
—Una elevación cilíndrica —murmuró Hunt—. Parece una inmensa rampa que terminase en una columna —consultó los gráficos—. Pero una columna de cincuenta kilómetros de diámetro. ¿Qué demonios es? He podido ver por la galaxia caprichos de la naturaleza verdaderamente sorprendentes ... Pero esto es único.
—Hunt, ¿puede hacer descender el «Polifemo» en el mismo claro donde Lou levantó el campamento?
—Si ustedes lo hicieron hace dos años, ¿por qué no yo? —rió Hunt—. Le aseguro que soy un buen piloto.
—No lo dudo.
Después de unos minutos de silencio, en los cuales la nave prosiguió su lento descenso, Hunt preguntó:
—Rebeca, ¿por qué no exploraron la parte superior de la Montaña?
—No podíamos, Hunt.
—Explíquese...
—Carecíamos de los medios. En la bodega llevamos vehículos aéreos de vuelo lento y rápido. También son anfibios y pueden ascender por laderas escarpadas.
—No me ha entendido. Quería decir que antes de que su padre y usted emprendiesen el regreso en la «Barracuda» podían haber intentado elevarse y posarse junto al pico cilíndrico de la Montaña.
Ella esbozó una sonrisa.
—No se lo explicamos todo. Y no fue con el propósito de ocultarles algo, sino porque no existió el momento adecuado.
—Bueno, si ahora lo es, dígamelo.
—Corrientes de aire. Unas corrientes de extraordinaria fuerza. Rodea toda la Montaña, excepto por el sur, en la base.
—No lo comprendo.
—Sólo en la parte que se une a la superficie del continente, en el ancho de mil kilómetros, existe un pasaje carente de esa corriente. Pero a unos quinientos metros el viento es huracanado y una nave espacial, pesada y poco maniobrable, no puede penetrar por ese túnel amplio, pero de bajo techo.
—Bien, lo admito ahora. Con el equipo que transportamos se podrá hacer, ¿pero por qué su marido y esos hombres decidieron quedarse?
—Había que encontrar a Lank Kewin, además de...
—¿Qué había que hacer además, Rebeca?
—Afianzar la amistad con los ulikas —concluyó ella rehusando mirarle directamente a los ojos.
—¿Ulikas? ¿Es que existen nativos en Ruskana? —preguntó Hunt casi saltando de su sillón.

—Oh, no se preocupe. Los ulikas son casi humanos, son seres muy pacíficos y agradables. No debe temer nada de ellos. Son muy inteligentes y en poco tiempo nos enseñaron su idioma y ellos aprendieron el nuestro...
—No me refiero a nada de eso al mostrarme sorprendido.
Rebeca, sino que la existencia de seres inteligentes complica las cosas. El Consejo Regulador tiene que intervenir cuando se descubre un planeta con las circunstancias que posee Ruskana.
—No queremos hacer nada ilegal. Pero deseamos presentar un informe completo, con el máximo número de datos. Bueno, creo que si no hubiera existido esa montaña los hombres habrían regresado con nosotros. Pero además estaba Kewin, perdido ladera arriba.
Hunt movió la cabeza.
—Y eso ocurrió hace más de veinte meses —se giró para mirarla—. ¿No has comprendido que ha pasado demasiado tiempo?
Ella bajó la mirada y apretó los labios.
—Claro que sí. Ha sido demasiado tiempo.
—Merlo y los demás pueden haberlo pasado mal, pensar que ya no volveréis por ellos...
—No, no. Disponían de alimentos suficientes y además contaban con la ayuda de los ulikas. Y estaban a demasiada distancia de los buragos.
Hunt se pasó la mano por la cara.
—Dime ahora quiénes son los buragos —pidió en medio de una risa nerviosa.
—Apenas los conocemos. Sabemos quienes son porque los ulikas les tienen miedo. Dicen que viven ladera arriba, más allá de las aldeas de los pasivos.
—¿Pero es que hay más nativos? —Hunt movió las manos—. Rebeca, por favor, cuéntamelo todo y por orden.
Ella suspiró.
—Está bien. Los ulikas viven a cierta distancia de donde comienza el ascenso a la Montaña. Al pie de la rampa y más allá están los pasivos. Son parecidos a los ulikas, pero un poco estúpidos. Mucho más arriba, según siempre afirmaciones de los ulinkas, están los buragos, seres temidos por todos, agresivos y belicosos. Los ulinkas dicen que suelen bajar hasta donde viven los pasivos y los capturan.
—¿Esclavos? ¿Los hacen esclavos?
Rebeca asintió repetidas veces.
—Sí, eso es.
—Pasivos —murmuró Hunt—. ¿Es que esos seres no tienen nombre?
—No. Casi carecen de lenguaje. Los ulikas los llaman en su lengua *ras-kan-dakara*, que quiere decir más o menos hombres-que-no-luchan u hombres-que-se-dejan-matar.

—¿Luchan los ulikas contra los pasivos para esclavizarlos?
—Nada de eso. Los ulikas desprecian a los pasivos, pero nunca guerrean con ellos. Ya te he dicho que el pueblo ulika es pacifico, pero se defienden.
—¿De quiénes?
—Bueno, aunque los pasivos están entre ellos y los buragos, a veces estos últimos cruzan el territorio y se acercan a las aldeas de los ulikas. Entonces se defienden y hasta el momento parecen conservar muy bien su territorio. Yo diría que los ulikas están contentos de que entre ellos y los feroces buragos esté ese pueblo indolente. Les sirve como muro de contención. Los buragos tienen suficiente, al parecer, con los pasivos.
—Ya no me parece tan tranquilo este planeta —mascculló Hunt.
—Lo es. Y también resulta algo interesante para el estudio.
—¿Por sus anomalías?
—Entre otras cosas. ¿Dónde hay un planeta semejante en la galaxia conocida, en donde existan razas tan dispares? No se trata como ocurrió en la Tierra, con la diferencia de color en la piel y algunas características, sino que genéticamente ulikas, pasivos y buragos son totalmente distintos entre sí.
—El planeta es grande. ¿Puede haber más razas en el continente o las islas mayores?
—Suponemos que no. Al menos los ulikas aseguran que los seres inteligentes sólo viven cerca de la Montaña o en su comienzo. El resto de Ruskana está poblado sólo por animales salvajes.
Hunt se encogió de hombros.
—Bueno, me está llenando de curiosidad y ansío ver todo eso con mis propios ojos —sonrió—. Descenderemos dentro de veinte minutos. Podemos comunicamos con el campamento, advertir a su marido de nuestra aproximación.
—No pudimos dejar un comunicador —se lamentó ella—. Pero verá la estela de la nave y nos esperarán en el claro, rodeados de ulikas. Se portaron muy bien con nosotros y les llevamos regalos.

* * *

Hunt y Ordo hicieron que el «Polifemo» se posase en el claro deseado por los Lazaga.
Cuando acudieron a la salida se encontraron con una Rebeca tensa y ansiosa. Jonas se mordía las uñas y casi sin mirar a los dueños del «Polifemo» les entregó unas armas.
Hunt tomó las pistolas lásers y las miró confundido.
—¿Para qué supone que vamos a necesitarlas? —preguntó. Eran de un modelo reciente, magníficas, con una gran carga concentrada de energía en su estilizada culata.

—¿No dijeron que éste es un mundo pacífico? —inquirió riendo Ordo, tomando una de las dos pistolas y colocándosela en el cinturón.
—Las precauciones nunca están de más —respondió Rebeca golpeando su propia pistola, colocada en una funda de piel.
—Nosotros disponemos de las armas reglamentarias a bordo —empezó a decir Hunt.
—No creo que sean tan eficaces como éstas —dijo Jonas—. Cuando quiera, capitán, puede abrir la compuerta.
Ordo se adelantó y pulsó el resorte. La doble hoja de acero se deslizó a ambos lados. Mientras Hunt paladeaba el aire de Ruskana, Jonas explicó:
—No tema envenenarse con esta atmósfera.
—Por supuesto. Es obvio que ustedes ya la comprobaron la vez anterior —rió Hunt.
Descendieron en el ascensor hasta la superficie. Hunt saltó sobre la hierba y miró hacia los bosques situados a unos mil metros de ellos. Detrás de la arboleda, confusamente a través de la niebla de la mañana, creyó distinguir una grisácea masa en el horizonte.
Rebeca se puso a su lado, mirando en la misma dirección.
—Es la Montaña. La llamamos sencillamente así: La Montaña. En todo planeta no existe nada semejante. Apenas unos montes de escasamente mil metros de altura.
El capitán Logan avanzó unos pasos. Sintió un poco de frío en el rostro. Pero luego pensó que tal vez se debiera a su estado de ánimo, un poco lleno de nervios mal controlados.
—¿Dónde está? —preguntó.
—¿Quién?
—Demonios, su marido —sonrió—. Si yo fuera habría llegado corriendo para abrazarte. Forzosamente han debido conocer nuestro descenso. ¿Acaso hemos calculado mal y estamos en otro sitio muy alejado del campamento?
Rebeca hundió las manos en los bolsillos del chaquetón y caminó unos metros, alejándose de la nave.
Jonas se acercó a Logan.
—Capitán, estoy preocupado —susurró—. No quiero alarmar a mi hija, pero no es lógico que Lou y los demás no estén ya aquí.
—¿Qué sugiere que hagamos?
— Voy a tranquilizar a Rebeca. ¿Puede usted y su socio encargarse de bajar un vehículo de la bodega?
—¿Cuál de ellos? Llevamos cuatro.
—Son todos iguales. Claro que si precisan de mi ayuda iré con ustedes...
—No es preciso, señor Lazaga. Disponemos de servorobots para abrir los contenedores y poner un coche en la superficie. No tardaremos

más de media hora.
Hunt empujó a Ordo para que le acompañase al interior de la nave. Mientras ascendía por el ascensor hasta la entrada vio como el viejo se acercaba a Rebeca y dialogaba con ella.

* * *

—El campamento está a unos cuatro kilómetros hacia el norte, capitán —añadió Jonas cuando hubo terminado de explicar a Hunt algo del funcionamiento de aquel vehículo todo terreno, anfibio y submarino—, en dirección a la Montaña.
—Aún no hemos visto a ningún ulika —dijo Hunt—. ¿Debemos considerarlo como un mal síntoma?
—No. Cuando llegamos ellos no se mostraron en seguida. Son algo tímidos.
—¿Por qué no desconfiados? ¿Viven cerca del campamento de Lou?
—No muy lejos. ¿Podemos ponemos en marcha?
Hunt se volvió y miró a Rebeca, sentada en los asientos traseros. La sonrió. Luego, cuando Ordo le asintió, indicándole que por él podían partir, encendió el motor, poniendo el vehículo en marcha en dirección a los árboles.
—Si mientras cruzamos el bosque ve sombras que se ocultan no se preocupe. Serán los ulikas que nos observan. Los árboles están muy separados entre sí y no tendrá dificultad alguna en dirigir este vehículo entre ellos... si tenemos paciencia. Creo que podremos desarrollar una velocidad cercana a los cuarenta kilómetros por hora.
Apenas se habían adentrado un kilómetro en el bosque, cuando Hunt empezó a ver a los lados moverse figuras confusas. Tenía que estar pendiente de esquivar los árboles y no pudo distinguirlos bien.
Por una vez, un grupo de nativos anduvo unos metros por la derecha de ellos y Hunt pudo distinguir sus más visibles peculiaridades.
Los ulikas tenían la estatura aproximada de los humanos, eran delgados y su piel poseía un tinte oscuro, casi marrón. Llevaban taparrabos y camisas holgadas de piel. Blandían lanzas cortas y pocos portaban arco y flechas en un llamativo carcaj.
Desaparecieron pronto, apenas unos segundos antes que el bosque terminase abruptamente en una llanura. Hunt frenó casi en seco, sorprendido por el cambio del decorado.
—Hemos llegado —dijo Jonas—. Siga un poco más. ¿Ve esas cabañas?
Hunt siguió la dirección del índice de Lazaga y descubrió unas casas de madera a unos trescientos metros delante, rodeada de pequeños árboles, casi diminutos en comparación con los que formaban el bosque.
Y más allá de la casa el horizonte era brumoso. Sin necesidad de

preguntar, Hunt adivinó que era la mole de la Montaña, como si un rocoso continente colocado sobre otro mayor se tratara.
Instantes después detuvo el vehículo a pocos metros de las casas. Había varios ulikas alrededor de ellas, que miraban a los recién llegados con curiosidad y respeto.
Rebeca saltó del coche y corrió hacia una de las casas. De ella salió un hombre que se detuvo en el dintel Entonces ella se detuvo en seco y bajó los brazos que había tenido alzados como si quisiera anticipar un abrazo.
El hombre caminó despacio hacia ella, con la mirada baja. Hunt no entendía aquello y se volvió para mirar a Jonas. Como respuesta, el viejo soltó un gruñido y dijo mientras se levantaba del asiento para salir:
—Es Lemer Corvee, no Lou, el marido de Rebeca; algo ha pasado aquí. Vengan conmigo.
Y Hunt le siguió, preguntándose cómo padre e hija habían confiado que todo siguiera igual allí, al cabo de casi dos años de haber partido.

CAPÍTULO IV

Lemer Corvee fumaba sin descanso, como si quisiera recuperar el tiempo perdido en Ruskana, sin tabaco. Se había apoderado de los cigarrillos de Ordo y Hunt pensó que pronto iba a empezar con los suyos.
Cojeando visiblemente, Corvee puso sobre la rústica mesa de madera una jarra de barro y unos vasos, que llenó con un líquido espeso y de aromático olor.
—Beban —dijo sentándose junte a la mesa—. Es un brebaje nativo, muy bueno para combatir la humedad y el calor del mediodía.
Con la punta de la colilla encendió un nuevo cigarrillo, mientras Rebeca jugueteaba con su vaso y le miraba fijamente.
Hunt miró por encima de su hombro, hacia el exterior.
Fuera de la cabaña se habían reunido varios nativos, casi todos mujeres y niños. Les observaban en silencio. Se sintió molesto, pero no dijo nada por cuanto Corvee aquello lo consideraba natural.
—¿Qué ha pasado, Lemer? —preguntó Rebeca sin poder disimular ansiedad en su voz.
Corvee hizo unos extraños dibujos en la mesa con el líquido que había derramado al llenar los vasos. Seguía sin querer mirar a Rebeca directamente a los ojos. Fumando sin cesar; dijo:
—Creo que fue a los cinco a seis meses de vosotros partir cuando Lou perdió la paciencia y subió a la Montaña. Decidió prescindir del equipo que te había pedido, Rebeca. Dijo...
Se detuvo y Rebeca completó la frase.

—Que nosotros, mi padre y yo, no regresaríamos, ¿no?
—No exactamente —Corvee trató de sonreír—. Ya sabes como es Lou. No puede estar inactivo. En realidad esperábamos vuestro regreso dos meses después de partir, teniendo en cuenta que el viaje a través del agujero negro es rápido.
—Ya te he explicado las dificultades que tuvimos.
—Sí, sí. Pero eso nosotros no lo sabíamos, Rebeca. Tampoco Lou.
—¿Cuándo partió?
—El primer intento lo hizo hace casi un año. Pero yo sufrí un accidente, me rompí una pierna y me trajo a regañadientes.
—Por primera vez miró a Rebeca, con una inusitada carga de reproche—. Slat Wilson tuvo que insistirle. ¿Sabes? Volvimos y los nativos me curaron, pero ya era tarde y los huesos no soldaron bien. Por eso cojeo un poco. Ellos se reavituallaron y volvieron a la Montaña, después de reclutar a los ulikas.
Rebeca bajó la mirada.
—Al final Lou se salió con la suya. Siempre me dijo que con la ayuda de los ulikas podría intentar llegar hasta arriba de la Montaña, hasta el monolito.
—¿Cuántos ulikas acompañaron a Lou y Wison?
—Unos trescientos, entre porteadores y guerreros.
—¿Por eso hemos visto tan pocos hombres?
—Bueno, de esta tribu se ofrecieron voluntarios unos cincuenta nada más. Pero Lou convenció a los jefes de otras para que les cedieran más hombres.
—Lou siempre fue muy persuasivo —comentó Jonas.
—¿Por qué hablas en pasado al referirte a él, padre? —le inquirió Rebeca—. Lou no ha muerto.
—Nadie ha dicho que haya muerto, querida —respondió Jonas dulcemente—. Ha sido una forma de expresarme —se volvió para mirar a Lemer.
—En definitiva, Corvee, ¿cuánto tiempo hace que Lou salió con la segunda expedición Montaña arriba?
—Más de doscientos días, señor Lazaga.
—Supongo que tendrá noticias.
—¿Cómo? Sabe muy bien que no disponemos de comunicadores...
—Me refería a que Lou bien pudo haber ordenado a un ulika regresar con algún mensaje.
—Nada de eso —Corvee miró con aprensión a los nativos apostados en la entrada—. Y noto, desde hace algún tiempo, que los ulikas de los alrededores están nerviosos.
—¿Les ha preguntado?
—Sí, claro. Me responden con evasivas. Deduzco que están intranquilos por varios motivos. Uno de ellos, quizá el principal, es que

temen por los que acompañaron a Lou. —Es natural —suspiró Jonas —. ¿Sigue siendo jefe de la tribu cercana Turgadone?
—Desde luego. La jefatura de las tribus son hereditarias y de por vida.
—Lo siento, no lo sabía.
—Es verdad. Cuando ustedes se marcharon aún no habíamos averiguado muchas cosas de estas gentes —rió Corvee—. En cambio yo he tenido mucho tiempo para ir reuniendo datos. ¿Qué piensa hacer?
—Aún es pronto para decidir un plan de actuación, Corvee. Creo que mañana iré a entrevistarme con Tusgadone. Confío no haber olvidado lo que aprendí de la lengua ulika.
—Turgadone habla muy bien nuestro idioma, como casi la mayoría de los ulikas de las cercanías —dijo Corvee—. Para ellos ha sido una especie de juego. Por cierto, ¿trajeron todo el equipo?
—Sí. En la nave tenemos más material — dijo Rebeca—. Mañana, mientras mi padre habla con Turgadone nosotros traeremos el resto de los vehículos y mercancías.
Corvee se levantó.
—Iré a echar un vistazo a lo que han traído. Rebeca, confío que no habrás olvidado las armas.
Salió de la cabaña y lo ulikas que estaban en la puerta se apartaron vivamente a su paso. Hunt miró a Rebeca.
—¿Se ha referido Corvee a las pistolas que traemos? —preguntó.
—No sólo a estas. Hunt. En la nave hay varios cientos de rifles láseres.
—Parece que se preparan a una guerra —replicó Hunt. Y bebió un trago de aquella bebida local.
—Casi —respondió Jonas—. Debemos estar prevenidos.
—Creo que ahora están infringiendo las leyes —Hunt movió la cabeza —. No se puede llegar a un planeta con aborígenes y empezar una guerra.
—No es esa nuestra intención, pero más allá de los pasivos que viven al comienzo de la Montaña, están los buragos.
—Ya, los temibles buragos —sonrió Hunt.
—Usted aún no los conoce, señor Logan —dijo Jonas—. Pero nosotros sí vimos una patrulla de ellos cuando atacaban una tribu ulika. Gracias a nuestras armas pudimos espantarlos, salvando a docenas de mujeres y niños ulikas de ser masacrados o convertidos en esclavos.
—Voy comprendiéndolo todo —asintió Hunt—. A partir de entonces ustedes se ganaron la confianza de los ulikas, al espantar una partida de guerreros buragos armados con lanzas y flechas.
Rebeca se le puso delante y, con las manos en jarra, dijo:
—No te burles, Hunt. Los buragos disponen de armas de fuego.

* * *

Hunt se secó el sudor con el dorso de la mano y miró hacia el bosque. Vio la comitiva que se acercaba a las cabañas. Llamó a Rebeca, que salió de uno de los cuatro vehículos.
—¿Qué es eso?
—Posiblemente el jefe Turgadone ha hecho el honor a mi padre de acompañarlo hasta aquí. Me alegro que haya venido, así lo conocerás. Yo no le traté mucho, pero mi padre asegura que es un gran tipo, con quien hizo amistad las semanas que permanecimos aquí.
Hum caminó unos pasos en dirección a la comitiva, mientras se limpiaba las manos de grasa. Habían estado trabajando duro desde que amaneció, transportando toda la mercancía desde el «Polifemo» hasta allí. Habían encontrado una eficaz ayuda en las familias que parecían vivir cerca de las cabañas de los humanos, junto a las cuales habían construido otras típicamente locales.
Notó la presencia de Ordo, quien roncamente le preguntó:
—¿Quién es ese tipo del estrambótico gorro de piel?
—Turgadone —le respondió Rebeca—. Y no es sólo un gorro, sino varios. Cada uno ha pertenecido a un antepasado suyo. El superior fue de su padre. Cuando él muera su hijo añadirá otro encima.
Cuando el jefe, que caminaba al frente de la comitiva al lado de Jonas Lazaga, se acercó lo suficiente, Hunt contó hasta veinte gorros de piel, cónicos y encajados unos con otros. Cada uno era de un color distinto. Pensó que se trataba aquélla de una larga dinastía.
Detrás del jefe caminaba un ulika joven, con un pequeño gorro, pero que carecía de los adornos plateados. Encontró cierta semejanza con Turgadone y pensó que podía tratarse del hijo del jefe.
Jonas se adelantó e hizo las presentaciones.
—Jefe Turgadone, te presento a Hunt Logan y su amigo Ordo, ambos confían que tú les brindes amistad larga y sincera. Ellos juran por sus antepasados que están dispuestos a dar sus vidas por ti.
A Hum se le antojó aquella palabrería demasiado arcaica, pero evitó la risa que pugnaba por surgir de la garganta y tendió su mano derecha. El jefe se la aferró por el antebrazo y la apretó.
Turgadone bajó la cabeza dos veces y miró a ambos humanos. Sus ojos eran negros y profundos. Hunt los notó nobles. Por debajo del gorro urgía una cabellera oscura que se unía al vello que crecía a lo largo de la espalda. Se preguntó dónde terminaría aquella pilosidad, ya que además de la camisa holgada, el jefe vestía unos pantalones de piel ajustados, sujetos por un cinturón repujado del que pendían media docena de puñales.
—Sed bien venidos a Ruskana si estáis poseídos por el dios de la paz

—sin volverse, señaló al joven ulika que estaba detrás suyo—. Este es mi hijo segundo Gordelane.
El joven nativo se adelantó y con sus expresivos ojos marrones miró a los recién llegados. Les saludó apretando con fuerza los antebrazos. Sonrió y dijo en un extraño idioma, con profundo acento cantarino:
—El sabio Jonas Lazaga me ha concedido el honor de acompañaros a la Cuesta de los Dioses, hasta donde ésta se funde con los cielos siempre cubiertos de nubes. Ojalá tengamos la dicha de encontrar a Undegane —se turbó un poco y apresurase a añadir—. Y también, desde luego, a los sabios Lou Merlo, Slat Wilson y Lank Kewin.
Hunt abrió la boca y miró sorprendido al viejo Lazaga, quien tosió ligeramente y susurró:
—Luego se lo explicaré todo, señor Logan —en voz más alta añadió —: Ahora debemos agasajar al jefe Turgadone y sus guerreros. Espero que Corvee disponga de bastante licor.
Había acudido Rebeca después de ponerse una camisa limpia, que no se había cerrado del todo y su generoso busto mostraba el comienzo de los sonrosados pezones. Hunt se sonrió al notar la mirada aturdida del joven Gordelane, fija en la terrestre.
—Por favor, ruego a los ilustres visitantes que me sigan y tomaremos las viandas de la amistad —dijo Rebeca, mostrándoles el camino de la cabaña de Corvee, quien en aquel preciso instante surgió en la puerta.
Ordo caminó junto a la comitiva y Hunt agarro al viejo por un brazo, haciéndole que se retrasase.
—¿Qué es todo este lío, señor Lazaga? —preguntó.
Jonas se detuvo y suspiró pacientemente.
—He tenido que usar toda mi persuasión con el jefe Turgadone para tranquilizarle, Hunt —dijo con voz cansada—.
Maldita sea, pero Corvee no me había dicho que en la segunda expedición el hijo del jefe, Undegane, el heredero de la tribu, se unió a Lou. Turgadone está abatido por la falta de su hijo mayor, hasta el extremo que sólo cuando le aseguré que ahora somos más fuertes y disponemos de armas más poderosas que las de los buragos, se mostró amistoso, hasta el extremo de pedirme que su otro hijo, Gordeiane, debía venir con nosotros.
—¿Por qué? Lo considero un estorbo. Esta expedición no puede ser igual a la que llevó a cabo el impetuoso Lou. No vamos a ir caminando, ladera arriba, sino en dos vehículos blindados y poderosos. Podremos pasar por entre los buragos o por encima de ellos si es preciso. Nosotros no necesitamos porteadores ni guerreros ulikas.
—Lo sé, lo sé. Pero esta cuestión entra de lleno en el concepto del honor de los ulikas. Aún no los conozco muy bien, pero creo que para ellos será humillante que mientras nosotros partiremos en busca de la

expedición perdida, entre la que se encuentra Undegane, sus familiares permanecen a la expectativa. Por eso Turgadone quiere que su hijo Gordelane venga con nosotros.
—¡Oh, vamos, señor Lazaga! —rió Hunt con sorna—. Usted sabe mejor que yo que vamos en busca de Lou Merlo y los demás, que nos importa bien poco las vidas de los ulikas.
—¿Usted cree? —Jonas apretó los labios—. Me juzga duramente todavía, Hunt. Yo tengo sentimientos. Creo que tengo tantos deseos de encontrar vivo a mi yerno como al hijo del jefe.
—Está bien. Dejémoslo. Pero si ese muchacho animoso quiere acompañamos tendrá que recibir un cursillo intensivo de supervivencia. Le enseñaremos a disparar un láser. Me ocuparé de ello. Por cierto, aún no sé si Lemer Corvee vendrá con nosotros.
—Claro que sí. El conducirá un vehículo. Yo iré con él y el joven Gordelane. Usted irá en el otro, abriendo camino y Rebeca se lo irá trazando.
—No ha mencionado a Ordo —recordó Hurít poniéndose en guardia.
—Alguien tiene que cuidar de la nave.
—Nadie podrá entrar en ella convenientemente cerrada...
—No, no estaré tranquilo. Es nuestra única esperanza de salir de este mundo. Insisto que Ordo debe quedarse de vigilancia.
—No le gustará, se lo aseguro. A propósito, señor Lazaga, ¿este planeta se llama Ruskana porque es el nombre que le llaman los ulikas?
—Sí, claro. Y también las demás etnias. Empezaron a caminar en dirección a la cabaña.
—¿Sabe que me gustan los ulikas? A pesar de todo, de su pelo en la espalda y miradas profundas que a veces parecen leer los más íntimos pensamientos. Por las palabras del jefe deduzco que poseen algún tipo de religión cuyo dogma principal les obliga a creer que en la cima de la Montaña habitan sus dioses.
—No he tenido tiempo de estudiar la religión de los ulikas, pero creo que ellos piensan que en lo más elevado de la Montaña no sólo viven sus propios dioses, sino también los de los demás pueblos, que obviamente no veneran.
Con las manos entrelazadas en la espalda, Hunt echó un vistazo a la brumosa silueta de la Montaña.
—Ustedes la han llamado la Montaña, así sencillamente, en mayúscula. ¿Por qué no ponerle un nombre? Sería lógico llamarla Olimpo o algo similar, ya que como en la vieja Tierra, se supone que allí moran los dioses, unos dioses, por cierto, muy humanizados, que dispensan sus favores discriminadamente a sus respectivos pueblos.
—Creo que será mejor seguirla llamando la Montaña, sin más. Por otra parte, es la única cordillera existente en el planeta. Las otras

elevaciones apenas son montículos irrisorios comparados con esta mole.
Hunt se encogió de hombros. Se dirigieron a la cabaña.
Fuera estaban los servidores del jefe, pero en el interior sonaban risas. Al parecer el excitante licor local corría a raudales.

CAPÍTULO V

Rebeca tuvo que advertirle que ya estaban en la Montaña. Hunt admitió que no se había dado cuenta y ella le explicó que el ascenso era tan tenue que difícilmente podía percatarse de ello.
—No olvides que tenemos que recorrer dos mil kilómetros hasta la primera cornisa, situada a unos dos kilómetros de altura. Doscientos kilómetros más al norte se eleva el picacho, que tiene otro kilómetro de altura y allí la anchura se estrecha a medio kilómetro aproximadamente. Apenas nos daremos cuenta que subimos.
Hunt echó un vistazo al exterior. Estaban rodeados de vegetación, de brillante color verde. El pasto era más pálido, casi amarillo. Crecían árboles de unos doce o trece metros de altura, amazacotados en zonas y dispersos en otras. Las llanuras eran escasas.
—Más que una montaña esto es una cordillera —dijo Hunt. ¿Cuándo veremos a los pasivos?
—Ya estamos en su territorio. Seguro que ya nos han visto, pero se ocultan. Poseen pequeños poblados que son en realidad movibles porque están sobre grandes carretas. Los pasivos son nómadas y vagan a lo largo de los mil kilómetros del comienzo de la Montaña.
—Creo que además de pasivos son estúpidos.
—¿Por qué?
—¿No está claro? Si poseen medios de locomoción deberían haberse largado de las proximidades de los buragos hace tiempo. Les bastaría cruzar los territorios de los ulikas y emigrar al sur.
Rebeca arrugó el ceño.
—Eso ya lo pregunté apenas supe algo de la estructura social de estas razas, cuando llegamos. Creo que la creencia religiosa de los pasivos tiene algo que ver con su insistencia por mantenerse en estos terrenos.
—Explícate.
—El dios supremo, en el que todos creen, estableció a cada raza en un sitio determinado del continente, ordenándoles que siguiesen allí siempre. Por eso los pasivos no huyen, pese a la constante amenaza de los buragos.
—Gente terca —masculló Hunf——. Y estúpida religión. Creo que el dios de Ruskana es un ente cruel, caprichoso.
Rebeca rió.

—Me gustaría conocer la opinión que tendrían ulikas, pasivos e incluso buragos de nuestros antepasados terrestres si estudiaran las múltiples religiones que en el pasado los atormentaron. En mi particular opinión, Yavé no fue un dios misericordioso.
Hunt prestó atención al sendero y condujo el vehículo en silencio durante un rato. De vez en cuando miraba la intermitente luz del tablero, que le indicaba que el otro vehículo, conducido por Corvee, le seguía de cerca.
—Hunt, ¿en qué crees tú?
—Soy cristiano, simplemente.
—¿Tienes algún motivo especial?
—Sí, claro. Siempre me atrajo Cristo, su bondad y sencillez. Oh, no me preguntes si pienso si él fue realmente el hijo del Dios verdadero o un extraterrestre llegado nadie sabe para qué. Me interesa lo que predicó, nada más. Lástima que su doctrina nunca se llevó a la práctica con todas sus consecuencias.
—¿Te has molestado en seguirla?
Hunt movió negativamente la cabeza, sonriendo cortamente, como si hubiese sido atrapado en una grave falta.
—No, y lo lamento. ¿Sabes que cuando me siento solo en el puente de mando y miro el firmamento más firmemente sostengo mi particular tesis de que esta maravilla ha debido ser creada por algo que nosotros ni remotamente podemos sospechar en su más mísera verdad? Forzosamente debo creer, pues, en Dios, pero en el verdadero. Y no me preguntes cuál de los viejos conocidos. Para mí es simplemente, y sobre todo, el Único. Considero pueriles los ritos, vacíos e incluso ofensivos para quien haya sido el Creador.
—Tu respeto hacia... —Rebeca calló y señaló hacia el otro lado del parabrisas.
Hunt frenó. Delante de ellos había un grupo de seres. Era la primera vez que veía a los pasivos. Los miró detenidamente.
Eran seres un poco más bajos que los ulinkas, quizá más gruesos y su piel estaba cubierta totalmente por un vello amarillo-verdoso. El rostro no era totalmente humano, más bien tenía cierta semejanza con los fe linos, pero sin su peligrosidad y astucia. No llevaban armas, sino unos cayados sobre los que parecían sostenerse.
Rebeca tomó el comunicador, estableciendo contacto con su padre.
—Padre, pregunta a Gordelane si es lógica esta actitud de los pasivos.
Después de unos segundos, Jonas respondió:
—No, desde luego. Está sorprendido. Lógicamente tendrían que estar siempre apartados de los vehículos.
—Bueno, si nuestra intención era buscarlos para preguntarles por la expedición que pasó por aquí hace meses, este es el mejor momento.

¿Bajamos?
—Yo lo haré junto con Gordelane —dijo Jonas a través del intercomunicador—. Os informaré.
Vieron como Jonas y Gordelane se encaminaban hacia el pequeño grupo de pasivos. Hunt tomó unos binoculares y observó que de los cayados pendían unos trapos y bolsitas cerradas. Cuando le preguntó a Rebeca por el significado de estas cosas, ella se limitó a encogerse de hombros indicando así que lo ignoraba.
Por el cristal del parabrisas vieron como Gordelane dialogaba con los pasivos.
—Usan un idioma distinto de los ulikas —explicó Rebeca—. No lo hemos aprendido y ahora me alegro que al menos un ulika haya venido con nosotros. Gordelane entiende el pasivo y creo que también la lengua de los buragos.
La entrevista con los pasivos duró casi una hora. Cuando terminó, el grupo se perdió por entre los árboles y Jonas subió al primer vehículo, siempre seguido de Gordelane. Rebeca dejó abierto el comunicador para que desde el otro vehículo Corvee pudiese escuchar a Jonas.
El viejo se instaló en un sillón y dijo:
—Dicen que hace casi doscientos días pasó por su territorio, por segunda vez, un numeroso grupo de ulikas. Un notable, tal vez Undegame, acompañado de dos hombres de piel blanca y sin vello, pidieron información acerca de los buragos Querían conocer la ruta más segura para eludirlos y seguir ascendiendo. Al parecer no querían luchar si no era ineludible el encuentro.
»Los pasivos les indicaron una ruta que creían era la menos peligrosa, aunque aseguraron que no había ninguna totalmente carente de buragos. Entonces el hombre de piel rosada les pidió que enviasen un mensaje a la tribu del jefe Turgadone, para hacerle saber que seguían la marcha, hasta el momento sin problema alguno.
—¿Enviaron ese mensaje? —preguntó Rebeca.
—No. Yo no recibí ningún mensaje —dijo Corvee por el comunicador—. Esa expedición debió ser el segundo intento de Lou.
—Los pasivos me han asegurado que sí enviaron un mensajero —dijo Jonas pensativo—. Es posible que se haya perdido o caído en manos de una patrulla burago. Eso no tiene ya importancia. La última recomendación de Undegame fue que si alguien subía de nuevo por la Montaña les dieran noticias de ellos y detallase la ruta que iban a seguir.
Escucharon la voz nerviosa de Gordelane:
—Me gustaría decir a mi padre que hemos tenido noticias de mi hermano.
Jonas sonrió y dijo al ulika:
—Bien, Gordelane. Llamaremos a Ordo y le pediremos que informe de

esto a tu padre.
Hunt, mientras apuntaba en el mapa las indicaciones que Jonas había recibido de los pasivos, pensó en Ordo. Le había costado una larga discusión convencerle para que se quedase vigilando el «Polifemo». Se comunicaban todas las noches y en ninguna de ellas el bueno de Ordo dejó de recriminarle por haberle impedido participar en la expedición.
El último comentario de Hunt, antes que Jonas volviese a su vehículo acompañado de Gordelane, fue:
—Son buenas gentes estos pasivos, pese a su mansedumbre: ¡Dios, han estado aquí durante meses, aguardándonos!
—Ellos no sabían a quiénes tenían que transmitir el mensaje de mi marido, pero si lo prometieron han arriesgado sus vidas para cumplir con su palabra —dijo Rebeca apenada—. Los pasivos no merecen la triste suerte que su condición y el destino les han deparado: cazados y convertidos en esclavos por los repulsivos buragos.
Y Hunt se dijo que estaba ansioso por conocer el aspecto de un burago. Pero se los imaginó con figura demoníaca, cuernos y patas de macho cabrío.

* * *

Durante la noche colocaban juntos los dos vehículos y los rodeaban de una cerca magnética. Las alarmas sonarían insistentemente si cualquier cosa viviente, aunque fuese del tamaño de una cucaracha, cruzara la invisible valla.
Dormían todos en el vehículo que conducía Hunt, ya que era el mejor acondicionado para tal menester. El otro iba excesivamente cargado con mercancías.
Hunt fumaba el último cigarrillo de la jornada, dentro de su saco. A su lado estaba Rebeca, inmóvil. Por el ruido de las respiraciones de los demás ellos parecían ser los únicos que por el momento permanecían despiertos.
—Hunt —escuchó que Rebeca susurraba su nombre casi con temor.
—¿Sí? —replicó él quedamente—. Aún no me he dormido, como ve.
—Lo sé. He visto en la oscuridad la brasa de tu cigarrillo.
—Lo siento —dijo Hunt aplastándolo contra el cenicero.
—No, quiero hablar un poco contigo.
—Es curioso. Yo tenía ese mismo deseo.
—Parece raro, ¿no? Hemos viajado juntos durante muchas horas —rió ella un poco nerviosa.
—Pero al llegar la noche algo raro inunda a los seres humanos. Es el momento de las confidencias.
—Yo sólo quería preguntarte si piensas sinceramente que aún podemos encontrar con vida a Lou.

Hunt tardó unos instantes en responder:
—No puedo emitir un juicio conociendo este mundo tan poco. De sus peligros apenas tengo referencias del más notable: los buragos. Por ti, Rebeca, me gustaría que encontrases tu marido. Debes amarle mucho, ¿no es así?
—No.
La respuesta escueta de Rebeca hizo que la respiración de Hunt se contuviera.
—Pero no me preguntes más. Por ahora no puedo responderte nada.
—Como quieras.
—Ahora dime qué tenías tú que decirme.
—Es gracioso —sonrió Hunt. Sintió deseos de encender otro cigarrillo, pero desistió—, pero es parecida a la tuya. Me preguntaba cómo unos recién casados corno vosotros decidisteis separaros. ¿Por qué no te quedaste con tu marido, Rebeca? Pudo haber otro acompañando a tu padre.
Escuchó que ella se movía en su saco, como volviéndole la espalda a él. La escuchó decir débilmente:
—Tal vez mañana, Hunt. Mañana tendremos tiempo de hablar más serenamente.
A Hunt le costó mucho dormirse.

* * *

—Cada kííómetro que avanzamos subimos un metro —dijo Hunt—. No es posible apreciar el ascenso.
Atisbó con el ceño fruncido el paisaje que tenía delante, siempre igual desde que partieron. Macizos de pequeños árboles, pastos y diminutos riachuelos que serpenteaban siempre hacia el sur.
—Creo que Lank Kewin se perdió por esta zona —dijo Rebeca—. No llegaron más de este punto.
—¿Todavía es terreno de los pasivos?
—Creo que sí. Pero los dominios no están muy bien delimitados. Los pasivos son un poco nómadas, aunque no suelen ascender mucho. Creo que en realidad eluden su obligación religiosa.
—¿Qué es eso?
—Los nativos de Ruskana, en general, tienen un dios, que posee diversos nombres. Algunos lo llaman dios de la Montaña y otros ser supremo. Luego están los dioses menores, exclusivos de cada raza. Pero el dios principal les dice a todos que deben ascender continuamente durante su existencia.
— Una metáfora, tal vez.
—O ha querido decir ese dogma que su obligación es subir a la Montaña, simplemente. Es posible que el curso del tiempo haya dado a esa ley religiosa un fondo místico.

Hunt tomó el comunicador y contactó con el otro vehículo:
—Jonas, ¿le parece éste buen momento para volar durante unos kilómetros? Convinimos que cada cincuenta kilómetros de avance nos elevaríamos y desde la máxima altura permitida por las corrientes de aire inspeccionaríamos el terreno.
—De acuerdo, Hunt. Te seguiremos —respondió Jonas. El vehículo desplegó sus cortas alas y los reactores se encendieron. El ascenso fue vertical y a doscientos metros de altura inició su avance hacia el norte. Al llegar a diez kilómetros viró a la derecha y empezó a describir círculos.
Rebeca se encargó de vigilar las pantallas que recogían la superficie que sobrevolaban.
—Hunt, ¿no has notado que esta montaña tiene la extraña particularidad de no tener masas rocosas sobresalientes?
—Claro que sí. Y es una de las cosas que me producen dolor de cabeza. Creo que más arriba debemos encontrar estructuras rocosas y la superficie deje de ser tan groseramente llana.
Se volvió para asegurarse que el otro vehículo volaba a la misma altura que ellos, a su derecha y a medio kilómetro de distancia.
—Me gustaría elevarme un poco más, señor Lazaga —dijo Hunt por el comunicador.
—No lo aconsejo —replicó Jonas—. Las corrientes de aire son peligrosas a quinientos metros, pero aun antes pueden resultar perturbadoras para estos aparatos.
—Creo que son lo suficientemente poderosos sus motores como para atravesar esa cortina huracanada —rió Hunt.
—Sí, claro; pero me pregunto si luego podríamos volver y no tener que regresar a pie de la Montaña y comenzar de nuevo. Dejémoslo, Hunt. Vamos bien. Antes de tres días llegaremos junto a la roca cilíndrica...
—¡Diez grados al este hay algo! —gritó Corvee—. Es como una concentración de buragos, acampados en un claro.
Poco después Rebeca descubrió lo mismo en su pantalla e indicó a Hunt la dirección. Los dos vehículos volaron lentamente hacia allí y descendieron un poco.
Hunt miró por la pantalla después de poner el piloto automático.
—Son unos veinte buragos —dijo Rebeca—. Los otros son ulikas.
—Prisioneros de los buragos —exclamó la voz ansiosa de Gordelane —. Puedo reconocerlos. Son guerreros de la tribu de mi padre que partieron con Lou Merlo.
Hunt se volvió para mirar a Rebeca y ésta le mostró ostentosamente sus armas. Asintió y cambió impresiones con Jonas y los demás. Luego descendieron los vehículos a poca distancia del campamento burago.

CAPÍTULO VI

Los buragos parecían haber descubierto la presencia de los vehículos aéreos poco antes que los tripulantes les vieran a ellos. Habían empezado a levantar el campamento cuando Hunt saltó el primero, seguido por Rebeca. Del otro vehículo bajaron Corvee y Gordelane.

Hunt llevaba en las manos un rifle láser y de su cinturón pendía la pistola. Iba el primero hacia los buragos, pero se detuvo cuando uno de ellos, tal vez apostado como centinela avanzado, se levantó de detrás de unos árboles a pocos metros de el.

Durante unos segundos pudo verlo bien. Su Idea de aspecto demoníaco no resultó acertada, pero de todas formas la presencia de un burago no era nada tranquilizante.

Era de poco más de metro y medio de altura, rechoncho y sus brazos desnudos, llenos de brazaletes de cobre, eran robustos, musculosos, tanto como sus cortas piernas. La cabeza era desproporcionadamente grande y mostraba unas facciones grotescas, llenas de fiereza. Portaba una especie de rifle armado con una larga bayoneta.

El burago vaciló un instante, como sorprendido por la presencia del aparato volador. Cuando empezó a bajar su arma, Hunt disparó.

El haz de luz del láser cruzó el aire y atravesó el enorme pecho del burago. Soltó el largo rifle, casi una espingarda, y cayó pesadamente, golpeándose contra el árbol tras el cual había estado escondido.

Hunt se sobresaltó cuando escuchó los primeros estampidos de las armas de fuego de los buragos. Vió las astillas saltar de un árbol cercano y consideró que eran peligrosas pese a su ruidosa actuación.

Corrió hacia delante con el cuerpo agachado y se parapetó detrás de un grueso y corto arbusto. De de allí disparó contra los todavía sorprendidos buragos. Vio a Rebeca correr, tirarse al suelo y disparar desde allí. Se sintió impresionado ante la técnica de la muchacha.

Pero cuando Gordelane atacó, sintió deseos de dar una patada en el trasero del ulika. Aquel estúpido avanzó a pecho descubierto, disparando sin cesar su láser. Se metió en medio del campamento enemigo y allí siguió luchando, disparando contra los buragos.

Hunt avanzó a grandes zancadas y eliminó a dos enemigos que estaban tomando puntería contra el joven ulika.

Luego llegó Corvee, mientras que Rebeca abatió a dos buragos que intentaban huir. Luego ella explicó;

—No podemos permitir que avisen a sus compañeros; que posiblemente no estarán lejos.

Entonces se acercaron a los prisioneros ulikas, que formaban un apretado grupo junto a una apagada fogata. Corvee corrió hacia sus compatriotas y lanzó un grito de rabia cuando descubrió que dos de

ellos tenían la garganta cercenada de oreja a oreja. Al lado había un burago atravesado por varios disparos de láser que aún agarraba un afilado cuchillo.
—Cuando nos vieron llegar decidieron pasar a cuchillo a los prisioneros —explicó Corvee—. Gordelane lo vio y por eso se lanzó al ataque como un suicida.
Entonces Hunt sintió admiración por el ulika, que ya estaba cortando las ataduras de los tres ulikas que aún vivían. Presenció cómo los recién liberados expresaban su agradecimiento al hijo del jefe en su peculiar lengua.
Después se dirigieron a los humanos y en lengua terrestre les dieron las gracias, de forma torpe y embrollada.
—Discúlpenlos —dijo Gordelane—. No saben aún bien su idioma, amigos.
Hunt consideró aquella explicación superficial y sonrió. Después de interrogarlos más tranquilamente, cuando los tres desdichados ulikas bebieron y comieron algo. Corvee explicó a sus amigos:
—Dicen que pertenecen a la expedición de Lou Merlo.
—¿Dónde está? —preguntó Rebeca.
—No están seguros, pero a unas dos jornadas.
—Cien kilómetros —dijo Rebeca a Hunt—. ¿Por qué se hallan tan lejos?
—Salieron de una especie de fortificación que Lou Merlo mandó construir hace varias semanas. Eso fue hace veinte días. Merlo los envió al sur para pedir ayuda.
—¿Por qué?
—Al parecer todas las tribus buragos de las inmediaciones se han concentrado para atacarlos.
—¿Cuándo comenzó el cerco?
—Hace treinta días —replicó Gordelane.
Hunt movió la cabeza.
—Las únicas armas que llevaba la expedición eran los dos láseres de Wilson y Merlo. Es poco, junto con las flechas y lanzas de los guerreros, para contener el ataque de cientos de buragos con armas de fuego.
Rebeca se agachó y cogió una espingarda, que tendió a Hunt.
—No son tan temibles. Mira bien este fusil.
Después de revisarlo, Hunt asintió.
—No tiene el cañón rayado y usan cartuchos de piel con una especie de pólvora. Como bala es una bola de acero. Dudo que su alcance sea superior a los cien metros y será muy difícil acertar un blanco. ¿Es lo que quieres decir para aferrarte a la idea de que Merlo aún puede resistir?
—Sí —dijo Rebeca desafiante.

Hunt se encogió de hombros.
—De todas formas un disparo con una bola de acero puede ser mortal. No confiemos mucho que Merlo todavía conserve su fortaleza. De todas formas volaremos inmediatamente hacia allí.
Mientras regresaban a los vehículos. Rebeca dijo:
—Merlo enseñó a los ulikas a construir arcos de gran potencia, con más alcance que los rifles buragos. Es posible que, si se ha fortificado bien, resista sin muchos problemas.
—Puedes tener razón, Rebeca. Será así si disponen de abundante agua y comida.
Godelane tuvo que convencer a los ulikas para que subieran a los vehículos. Para compensar la carga, Jonas pasó al de Hunt.
Emprendieron el vuelo y se dirigieron hacia el noroeste.
Hunt calculó que antes de media hora debían estar sobre el campamento fortaleza de Merlo.
O sobre sus ruinas humeantes.

* * *

Poco antes de avistar la posición donde la expedición se defendía de los ataques buragos, Hunt se preguntó como podía elevarse en aquel terreno tan desnudo una estructura militar rudimentaria que resultase eficaz.
No existían elevaciones ni rocas. Sólo tierra blanda, árboles y arbustos, además de la hierba alta y amarillenta.
Al volar bajo sobre la burda fortaleza, Hunt comprendió que Lou Merlo, si de él había salido la idea de la construcción, no resultaba mala del todo.
Era un simple cuadrado de unos cien metros de largo rodeado por una empalizada de casi tres. Detrás de los árboles talados y sujetos con lianas se apostaban los defensores ulikas y conseguían mantener a raya a los buragos, quienes con sus toscos fusiles tenían que acercarse demasiado para apuntar. Y algo antes que lo consiguieran, los ulikas, diestros ya en el arte del disparo con arco, podían ensartarlos casi a placer.
Volaron varias veces sobre el fortín describiendo círculos cada vez más reducidos y a menor altura.
Había un grupo de buragos cerca, pero salieron corriendo al ver los vehículos. Otro más numeroso, situado al norte, estaba atacando la empalizada. Hunt les disparó una andanada de láser con el cañón situado en la proa del vehículo. En pocos instantes huyeron.
Entonces descendieron en el interior del fortín.

* * *

De entre las tiendas de lona salió un humano. Se dirigió hacia Jonas y Rebeca. En su rostro había rastro de fiebre y cansancio. Después de mirarlos un instante con expresión recriminadora, dijo con voz cansada:
—Habéis tardado demasiado.
.—Lo siento, Wilson —dijo Jonas—. ¿Dónde está Lou?
—Se largó.
Rebeca avanzó dos pasos y preguntó:
—¿Cómo que se marchó? ¿A pedir ayuda? Slat Wilson hizo una mueca despectiva.
—Eso pensé al principio, pero luego comprendí que Lank Kewin había llegado con un propósito determinado.
—¿Lank Kewin? —repitió Rebeca—. ¿Dónde ha estado metido todo este tiempo?
—No lo sé —replicó Wilson encogiéndose de hombros—. Llegó una tarde, solo. Dijo que había estado en el norte, más allá de donde viven los mustes, una raza de la que apenas teníamos noticias. Al parecer llegó hasta el llano, donde se alza la mole de granito cilíndrica. Pero no parecía muy cansado ni agotado para tan largo viaje.
»Kewin buscó la forma de hablar a solas con Lou. Partieron al llegar la noche, ellos dos. Me lo dijo un centinela ulika que los vio alejarse de la empalizada norte, la menos vigilada por los buragos.
»Quise pensar que ellos habían intentado romper el cerco y bajar hasta los territorios ulikas y volver con un gran ejército. Era lo que quería hacer Lou cuando envió un destacamento de guerreros ulikas hace unas semanas...
—Ese destacamento no llegó —le interrumpió Hunt—. Nosotros salvamos a los últimos tres supervivientes. Son estos —le indicó a los ulikas rescatados.
—¿Quién es usted? —inquirió Wilwn poniéndose en guardia.
Rebeca se lo dijo y luego le rogó que terminase de explicarles lo que había sucedido.
—Kewin nunca sintió simpatías por mí, Rebeca —añadió Wilson aceptando con nerviosismo un cigarrillo de Hunt—. El y Lou nos dejaron aquí, abandonados. Yo intenté disimular ante los ulikas, diciéndoles que nuestro jefe volvería con ayuda. Pero sabía que todo sería inútil, que los buragos terminarían tomando este asqueroso fuerte un día u otro.
—¿Por qué se construyó?
—Deberíais haber estado aquí —sonrió WIlson amargamente—. Desde que entramos en este territorio los buragos nos hostigaban día y noche. No podíamos tomamos un descanso decente. Al llegar a estas llanuras nos vimos rodeados por miles de ellos. Parecían esperar que nos agotáramos y terminásemos rindiéndonos.

»Nos cortaban el paso y Lou ordenó que nos fortificásemos. A costa de muchas bajas logramos completar las defensas, pero las flechas se nos acaban y los buragos parecían comprenderlo. Sólo atacaban para mantenemos en tensión y hacemos agotar nuestras reservas de flechas.
—Tal vez Lou y Kewin no hayan logrado escapar —opinó Corvee.
—Dos hombres solos pueden conseguirlo —masculló Wilson—: Creo que Kewin descubrió algo importante en la cima de la Montaña, que sólo quería compartir con su íntimo amigo Lou. Estoy seguro que lograron escapar. ¡Han sido unas semanas terribles! De los trescientos ulikas que nos acompañaban apenas nos quedan un centenar.
Cuando Gordelane avanzó y quedóse mirando fijamente a Wilson, Hunt le dijo a éste:
—Es Gordelane, hijo de Turgadone y hermano de Undegame. Ha venido con nosotros para saber la suerte que ha corrido el heredero de su tribu.
Wilson bajó la mirada y señaló unos montones de tierra.
Su expresión fue lo suficiente elocuente y el joven ulika, comprendiendo, se dirigió al pequeño cementerio. Allí esperaban varios ulikas de su tribu que le saludaron respetuosamente, rodeando un túmulo.
Hunt observó un instante a Gordelane, se volvió y preguntó a todos los humanos, mirándolos uno por uno a la cara:
—La pregunta lógica ahora es: ¿Qué vamos a hacer?

* * *

La respuesta a la pregunta de Hunt que no fue contestada en aquel momento, la dio al atardecer el joven Gordelane cuando terminó sus oraciones ante la tumba de su hermano.
Estaban todos reunidos alrededor de una fogata, después de haber comido de los alimentos que habían transportado en los vehículos. Los buragos parecían haberse calmado ante la presencia de los vehículos y no atacaron en todo el día.
Gordelane entró en el círculo y preguntó a los humanos:
—¿Habéis decidido qué hacer ahora?
Nadie le respondió y el ulika añadió prestamente:
—La muerte de mi hermano pide venganza. Mi padre me dijo antes de partir que todos los demás jefes le habían dado garantías de unión si yo regresaba y les demostraba que los buragos no son invencibles en su territorio. Sé que los buragos son débiles, incluso con sus ruidosas armas. Las vuestras, amigos, son mejores. Incluso con los arcos podemos vencerlos. Sólo necesitamos un adecuado número de guerreros para pasar por sus dominios como el viento que ruge sobre

nuestras cabezas.
Hunt miró al ulika, interesado.
—¿Qué has pensado, GordeJane?
—Con vuestras armas y un par de millares de guerreros ulikas podemos derrotar para siempre a los sanguinarios buragos. Los pasivos serían felices sin la presencia de estos seres. Y nosotros, los ulikas, podríamos seguir nuestro ascenso hasta llegar a la presencia del Dios Supremo, allá donde el viento se calma y la mano del Creador se alza al cielo.
Hunt pensó que Gordelane se refería al pico cilíndrico de la Montaña. Adelantándose a los demás, dijo:
—Gordelane tiene razón. Corvee puede volver al campamento con un vehículo, llevando a Wilson y al señor Lazaga. Luego regresarán con Ordo y el resto de los vehículos y las armas que aún quedan en el «Polifemo». En cada viaje pueden transportar cien guerreros ulikas. Creo que en menos de tres días dispondremos en este fuerte de ese ejército que nos ha prometido Gordelane. Entonces nada ni nadie podría detener nuestro ascenso hasta la cima de la Montaña.
—¡Pero perderíamos un tiempo precioso! —protestó Rebeca—. Lou y Kewin ya nos llevan demasiada ventaja.
—Podemos darles más ventaja aún. Ellos van a pie y tardarán aún casi dos semanas en recorrer los mil kilómetros que aún les quedan para alcanzar la última elevación de esta Montaña —dijo Hunt, mirando a Rebeca y rogándole con los ojos que aceptase su plan—. Además, podemos elegir a los más inteligentes ulikas y entregarles los láseres que nos quedan. Cuatro vehículos abriendo paso permitirán que dos mil guerreros no encuentren muchas dificultades en un rápido avance. Incluso alguno de nosotros podría efectuar reconocimientos adelantados.
Rebeca no respondió. Fijó su mirada en la fogata. Jonas dijo:
—Me parece bien el plan. Si alguno no está de acuerdo... Nadie se opuso y pronto todos se retiraron a descansar.
Wilson y Corvee dijeron que antes inspeccionarían las defensas. Aunque los buragos nunca habían atacado de noche podían cambiar aquella costumbre en cualquier momento.
Pero aquella noche no sucedió nada ni tampoco durante el día siguiente. El vehículo partió, pero Wilson insistió en quedarse, alegando que los ulikas estaban ya acostumbrados a sus consejos y su ausencia podía hacerles bajar la moral. Cuando Jonas pidió que su hija ocupase el lugar de Wilson, ella negó con firmeza, diciendo que se quedaría.
Cuando el vehículo se hubo perdido de vista, Wilson dijo a Hunt:
—Sígueme.
Le llevó hasta cerca del cementerio. Allí el terreno era más bajo, con

menos tierra, que habían transportado hasta las defensas para fortalecer los cimientos.
—Cavamos aquí porque el suelo era arcilloso y con un poco de agua conseguíamos una argamasa ideal para fijar los troncos al suelo —explicó Wilson—. Además sacamos piedras, esas pequeñas que abundan, para tapar las tumbas de los guerreros que morían en los ataques. Mira, Hunt.
Y Wilson señaló un agujero de unos ocho metros de profundidad, casi un pequeño cráter. Saltó dentro y se agachó después de tomar una tosca pala. Trabajó unos minutos y pronto el metal de la herramienta chocó con algo duro. Invitó a Hunt a que bajase.
—Observa bien y no hagas preguntas porque no sabría contestártelas todas.
Hunt apartó los restos de tierra y pasó la mano por una lisa superficie de metal. Con la ayuda de la pala limpió casi un metro cuadrado. El metal parecía estar en todas partes.
Levantó la mirada para mirar interrogadoramente a Wilson.
—Hicimos un pozo a cincuenta metros de aquí y también hallamos metal, liso y de una rara estructura, a poco menos de siete metros de profundidad. Creo que en cualquier parte que escarbes te encontrarás con lo mismo.
—¿Qué demonios significa esto?
— Ya te he advertido que no lo sé. Pero cuando Kewin llegó y yo le insinué lo que existe debajo de nuestros pies no pareció darle importancia. Dio entender que lo había descubierto mucho antes que nosotros.
—Slat, cuando hablas de Kewin pareces tener que contener tus deseos de vomitar.
—Así es. Kewin me resulta repulsivo y odio a Lou.
—¿Por qué?
—Engañó a Rebeca —Slat sonrió—. Oh, no creas que estoy enamorado de ella. Nada de eso. Lou se casó para tener el dinero del viejo y llevar adelante sus locos proyectos de exploración. Mientras Jonas sólo está impulsado por un interés científico, Lou abrigaba la esperanza de hallar algo que le hiciera muy rico. Siempre estuvo de acuerdo con Kewin y pienso que ambos son peligrosos. Nos sacrificarían a nosotros si a cambio sacaran algo lucrativo.
—¿Incluso a Rebeca?
—Bah, Lou no le hizo nunca mucho caso. Ella debe imaginarse algo, pero se resiste a creerlo.
Salieron del pequeño cráter. Hunt observó a Rebeca, que en aquel momento salía de la tienda que ella había usado para dormir.
—Entre otros motivos, Lou no quiso dejar este planeta porque su gran amigo Kewin estaba perdido. Siempre dijo que no había muerto. Y al

parecer acertó, ¿no?
Hunt asintió lentamente.
—Bien, Slat, ¿pero qué significa este metal que hay debajo de unos pocos metros de tierra? ¿Quiere decir que toda esta larga ladera es igual?
—No lo sé. Me gustaría comprobarlo. Sólo puedo pensar que estamos ante algo grande e Increíble, Hunt. Y me temo que Kewin lo descubrió y volvió por su entrañable amigo Lou para compartir con él la gloria.

CAPÍTULO VII

Los buragos atacaron al día siguiente. Habían estado concentrando soldados por el este y al atardecer se lanzaron contra el fortín, disparando sus fusiles y lanzando estentóreos gritos de guerra.
Los lásers de Hunt, Rebeca y Slat contuvieron la primera carga y luego los hábiles arqueros ulikas hicieron el resto.
Los buragos comprendieron que los defensores eran ahora más fuertes que nunca y se retiraron a prudencial distancia. Pero seguían llegando más guerreros de todas partes y al caer la noche el número de fogatas era el doble que el día anterior.
Pero durante los tres siguientes días no atacaron. Tal vez se contuvieron por las constantes llegadas de los vehículos, que aterrizaban dentro del fortín y descargaban en cada viaje docenas de ulikas.
Los jefes de muchas tribus ulikas enviaban a sus mejores guerreros. Gordelane, lleno de entusiasmo, siempre mostrando con orgullo su láser, decía que la euforia en territorio ulika era enorme, y mientras los hombres subían a los aparatos voladores para descender a medio camino de la Montaña para combatir a los odiados buragos, las mujeres y ancianos estaban preparándolo todo para la gran emigración hacia el norte, hacia lo más alto de la Montaña.
Hunt se preguntó más de una vez si no habían iniciado algo tremendo. Con la presencia de los humanos en Ruskana la vieja situación social iba a cambiar radicalmente. Le habría gustado saber si estaban obrando cuerdamente, llevando a una aventura arriesgada a aquel pueblo noble que hasta entonces había logrado sobrevivir, aunque para ello hubiese tenido que vegetar lejos de su meta religiosa.
Aquellos días había tenido algún momento libre de ocupaciones para estudiar, al menos superficialmente, a los buragos.
Eran una raza de naturaleza bélica, que si hasta entonces no habían exterminado a los pacíficos pasivos, era porque su meta, como los demás pueblos, era el ascenso hacia el norte. Pero delante de ellos estaban los desconocidos mustes, de quienes Kewin había hablado intensamente con Lou y poco con Slat.

Hunt dijo a Rebeca:
—Debimos haber supuesto la existencia de esa cuarta raza, los mustes. Era lo lógico. De otra forma, ¿cómo los buragos no habían alcanzado la cúspide de la montaña?
Ella le miró de reojo.
—¿Sigues pensando que esto es una montaña?
—¿Te refieres a lo que existe debajo de pocos metros de tierra? Por el momento no es otra cosa sino una montaña de extraña formación geológica —Hunt se pasó la mano por la barbilla, pensativo—. Cuando estemos unos kilómetros más al norte volveremos a agujerear la tierra y veremos lo que encontramos.
Al día siguiente quedó concluido el traslado del ejército.
El vehículo mayor, conducido por Ordo, transportó un ingente material, principalmente compuesto por cientos de miles de flechas y arcos de repuesto, además de víveres, frutas y carnes en salazón.
Aunque en la Montaña abundaban animales de sabrosa carne y existían árboles frutales, Hunt insistió en disponer de una respetable reserva de víveres y agua.
Cuando el ejército quedó formado en compañías y básicamente en dos grupos, decidieron que había llegado el momento de emprender la marcha. Debido al gran número de ulikas habían tenido que acampar muchos de éstos fuera del fortín, pero los buragos seguían expectantes, demostrando pocos deseos de atacar. Pero seguían acudiendo de todas partes y se calculaba que eran ya más de seis mil.
Las pocas docenas de lásers fueron distribuidos entre cincuenta ulikas después de una rápida selección para escoger a los más capacitados. Con aquel grupo se formarían dos secciones. Una marcharía en cabeza y la otra cubriría la retaguardia.
Los vehículos avanzarían por la superficie, agrupados en el centro de la columna y siempre dispuestos a acudir a un punto si éste era hostigado por los buragos.
—Tardaremos once o doce días en cubrir novecientos kilómetros —dijo Hunt—. Eso confiando en que los ataques de los buragos no nos demoren demasiado.
Se dieron las órdenes aquella madrugada y el ejército se puso en marcha. Pese a que habían decidido hacerlo en el mayor silencio posible, fue imposible ocultar su movimiento a los buragos.
Los vehículos avanzaron hacia el norte, a poca distancia de las primeras compañías y carros con vituallas y armas arrojadizas. Los buragos situados en el norte retrocedieron rápidamente, quizá sorprendidos por la marcha del ejército.
En los días siguientes no ocurrió nada notable. Las previsiones se iban cumpliendo y los guerreros enviados en misión de descubierta regresaban informando siempre que una gran masa de buragos les

seguían.
En una ocasión Hunt se elevó con un vehículo y sobrevoló el terreno que iban dejando atrás. Calculó que más de ocho mil buragos les pisaban los talones. Pero al elevarse notó que perdía el control del aparato y descendió, acelerando y avanzando en pocos minutos varios kilómetros hacia el norte.
Entonces descubrió una segunda formación de buragos que bajaba desde el norte en dirección a la columna. Lo que le había sucedido al vehículo pasó a segundo término y regresó rápidamente.
Reunió a los terrestres y varios oficiales ulikas, a quienes explicó lo que había visto. Luego comentó con Corvee y Ordo lo que le había sucedido mientras volaba.
—Fue como si hubiese chocado con una barrera —añadió.
—¿A qué altura te ocurrió eso? —preguntó Corvee.
—Oh, no pueden haber sido las corrientes de aire. Apenas estaba a unos doscientos metros.
—Puede ser que a medida que ascendemos esas corrientes tengan un techo más bajo. Creo que mientras no estemos seguros será una imprudencia hacer volar los aparatos —Corvee suspiró—. Por el momento debemos conformamos con usarlos como transportes de superficie.
Se distribuyeron más dotaciones de flechas a los soldados y los grupos armados con lásers fueron avisados.
El ataque burago se produjo al quinto día, cuando el gran sol rojo se hallaba en el cenit.
Se lanzaron desde todos los puntos contra la columna.
Hunt había insistido en que debían tener ensayado un plan de defensa y en menos de dos minutos se formó una cuña en forma de triángulo que siguió avanzando mientras pudo, sin perder nunca la formación.
El ruido de miles de armas buragos disparados constantemente fue ensordecedor. Pero abrieron fuego a más de trescientos metros y los proyectiles llegaban con escasa fuerza. En cambio los arqueros elevaron sus arcos y lanzaron nubes de flechas que caían produciendo un estremecedor silbido ululante sobre las masas de atacantes.
Hunt presenció a través de los binoculares, sobrecogido, la matanza. Los buragos caían por cientos, atravesados por la lluvia de flechas.
Estaba sobre un vehículo y desde allí hizo señas a un trompetero que lanzó el ronco aviso para que los guerreros maniobrasen según lo previsto. Avanzó la segunda línea de arqueros y una nueva lluvia de flechas se elevó al cielo, ocultando el sol.
Al mismo tiempo la primera fila, con un pie arrodillado, dispuso sus arcos para disparados sin elevación alguna, dispuesta a atajar los diseminados grupos que seguían avanzando contra ellos.

Cada arquero disponía de un gran escudo de piel y bronce, capaz de detener un proyectil esférico si era disparado a gran distancia, pero Hunt dudaba que tal protección fuese eficaz a menos de cien metros. La pólvora que utilizaban los buragos era buena y conferían a los proyectiles gran potencia.
Los grupos armados con lásers fueron enviados a los flancos, que eran los que recibían el ataque de una mayor concentración de buragos. Fueron contenidos, pero en la base del triángulo y su cúspide las cosas no marchaban desahogadamente para los ulikas y sus aliados.
Por un momento se llegó a la lucha cuerpo a cuerpo y ahí los buragos eran temibles con sus largos fusiles erizados de afiladas bayonetas. Pero entonces los ulikas tomaron sus picas, las apoyaron en el suelo y sostuvieron la embestida enemiga. Docenas de buragos quedaron ensartados, pero otros detrás les empujaban y el agudo vértice quedó roto, romo.
Hunt dirigió su vehículo hacia allí y desde la cabina accionó el proyector láser de gran calibre. Los buragos más osados fueron barridos y los ulikas consiguieron restablecer las líneas defensivas.
Pero en la base de la geométrica defensa también habían problemas y allí tuvieron que acudir los cuatro vehículos y algunas secciones de guerreros de reserva.
Apenas Hunt frenó el vehículo escuchó a Rebeca, sentada a su lado, que le advertía que por un punto una horda de buragos había desbordado la línea defensiva y corría hacia ellos.
Contra el fuselaje del vehículo resonaron cientos de impactos y uno de los cristales fue astillado. Hunt aceleró y arremetió contra el grupo de buragos, intentando taponar el boquete. Las ruedas patinaron sobre los cadáveres y por un momento temió volcar.
Dispararon mientras se movían con dificultad en medio de aquel marasmo. Hunt empezó a preocuparse. Si los buragas conseguían llegar al cuerpo a cuerpo el factor numérico, indudablemente, podía hacer que la balanza se inclinase contra ellos. Los buragos les triplicaban en número y parecían más furiosos que los ulikas porque éstos últimos habían profanado su territorio.
Se vieron rodeados de buragos. Escucharon las pisadas rabiosas de éstos caminar sobre el vehículo y los golpes de las culatas de los fusiles contra el fuselaje. Hunt se preguntó cuánto tiempo tardarían en cegarles todas las mirillas y violentar las tres puertas.
No podían usar el láser de gran calibre a tan corta distancia. Sólo eran eficaces las pistolas y para dispararlas tenían que exponerse demasiado.
—Lo siento, preciosa —mascculló Hunt mirando a Rebeca—, pero me temo que estamos en un buen lío.

Ella le respondió con una sonrisa. Estaba muy cerca y Hunt, impulsivamente la atrajo y besó con fuerza.
—Lo siento —dijo—. Pero deseaba hacerla desde hace mucho tiempo y puede ser que ya no tenga otra oportunidad.
Rebeca movió la cabeza, sonriente.
—Ocúpate ahora de disparar. Creo que estás un poco loco.
—Sí, desde luego. Pero por ti —replicó Hunt accionando el disparador de su arma.
Algo les golpeó violentamente y el vehículo se movió. Hunt creyó que los buragos estaban a punto de hacerles volcar cuando al mirar por la mirilla de la derecha vio que se trataba de la impetuosa llegada de otro vehículo, que no había frenado a tiempo para colocarse a su lado.
Además llegó uno de los dos grupos de ulikas armados de láseres.
Los buragos comenzaron a retroceder y la base del ángulo quedó restablecida.
Poco después terminó la batalla.
Hunt salió del malparado vehículo. Ayudó a Rebeca y ambos lo miraron con pesar. Estaba demasiado averiado. Se sacó de él todo lo que podía servir cuando Corvee aseguró que no podría volver a ponerlo en marcha. Entonces se incendió.
—Hemos tenido ochenta muertos y más de doscientos heridos —le dijo Ordo—. Unos treinta heridos están graves, pero sanarán con el tiempo si reciben cuidados. Los otros podrán valerse por sí mismos.
—Que formen las secciones de reserva y cuiden de sus compañeros más graves —dijo Hunt—. ¿Qué hacen los buragos?
—Oh, ellos han tenido casi quinientas bajas y más de mil heridos —sonrió Ordo—. Les hemos dado una buena paliza.
—Sí, pero si no son estúpidos habrán aprendido la lección. Dudo que vuelvan a atacar de forma tan temeraria.
—Y aun así nos han causado problemas —apuntó Corvee.
—Cierto. Nosotros también debemos modificar nuestra táctica —llamó a los jefes ulikas y les preguntó—: ¿Cuándo podemos ponemos en marcha?
Le respondieron que no antes de dos horas y Hunt pensó que habían perdido aquel día.
Quería retirarse de allí cuanto antes, alejarse de los cadáveres buragos. El calor reinante podía producir en pocas horas una descomposición en los muertos y convertir la zona en nauseabunda.
—Los buragos incineran a sus muertos —le explicó Gordelane—. Al menos lo hacen cuando tienen tiempo.
—Tal vez los entierren en grandes fosas para ganar tiempo —comentó Hunt. En seguida pensó en lo que había a pocos metros y miró atentamente la expresión de asombro que puso el joven ulika.
—Nada de eso —dijo Gordelane—. Los seres que viven sobre la

Montaña tienen prohibido por el Dios Supremo profanar la tierra que pisan.
—Pues en el fortín sí se enterraron los muertos por orden de Lou Merlo y nadie se opuso —le recordó.
—Cierto, Hunt Logan —asintió Gordelane—. Me contaron eso los guerreros que estaban allí y fue porque Lou insistió en ello, pese a que le dijeron que contravenía una profunda creencia religiosa acatada por los pueblos que habitan sobre la Montaña.
Hunt asintió.
—Está bien. Aunque tardemos más disponlo todo para incinerar nuestras bajas. Luego nos alejaremos cuanto antes de aquí y ojalá los buragos se decidan a hacer lo mismo con sus muertos, lo cual nos dará cierta ventaja.
Luego buscó a Rebeca. Se humedeció los labios, recordando la tibieza de los de ella. Se sorprendió él mismo mientras caminaba por el campo de batalla, silbando quedamente un vieja canción.

CAPÍTULO VIII

Los buragos volvieron a atacar tres días después, cuando calcularon que estaban entrando en territorio de los mustes. Lo hicieron de forma brutal y llena de torpezas. En contra de lo que había temido Hunt, no cambiaron de táctica y sí fueron más osados que las veces anteriores. Su temeridad les costó dejar en el campo de batalla más de dos mil muertos y heridos.
Estaban debilitados y no recibían más refuerzos. Después del largo día de lucha se quedaron atrás y no siguieron más a la columna.
Al anochecer acamparon lo más lejos posible de aquellos pequeños bosques, en una llanura inmensa. Después de observar un rato la granítica mole que a cada día se hacía más grande, alzándose hacia el cielo, Hunt, Ordo, Rebeca y Jonas revisaron las instalaciones y puestos de guardia.
Visitaron la tienda de Gordelane, que la compartía con otros jóvenes guerreros de diversas tribus. Allí reinaba una mediana alegría por la victoria obtenida aquel día contra los buragos.
—Pensamos que no volverán a atacamos —dijo Ordo, aceptando un trago del dulce licor nativo.
—Las reacciones de los buragos son imprevisibles —replicó Gordelane—. Después de la derrota que han sufrido hoy puede suceder cualquier cosa. Yo pienso que se han lanzado a un ataque suicida porque estamos a punto de entrar en el llano que conduce al pico de la Montaña. Deben temer mucho a los mustes.
—Cuéntanos lo que sepas de ellos, Gordelane —pidió Hunt.
—De la existencia de los mustes sólo hemos escuchado inconcretas

leyendas —el joven ulika se pasó la mano por los cabellos, pasándola por el cuello y bajándola hasta donde pudo por su velluda espalda—. Y casi todas de procedencia burago, lo cual no es muy creíble. Pero debemos tener cuidado con ellos, Hunt Logan. Son más peligrosos que los buragos, aunque muy poco numerosos.

Hunt, intrigado, se arrodilló junto a Gordelane. Sus demás acompañantes hicieron lo mismo. Le pidió que continuase.

—No mucho más, amigos —dijo Gordelane—. Cuando mi padre era joven salvó a un esclavo pasivo de los buragos. Aquel desdichado juró que había estado en lo más alto de la Montaña. Fue prisionero durante algún tiempo de los mustes, quienes le tomaron como esclavo después de matar una expedición burago que se internó osadamente en la llanura superior. Contó cosas extrañas que nadie creyó. Estaba muy enfermo y murió poco después. Todo el mundo, según cuenta mi padre, pensó que estaba loco.

—¿Cómo son los mustes?

—Su aspecto no es agradable, si tenemos que creer al esclavo pasivo. No se parecen en nada a nosotros, ni siquiera a los buragos. Son altos y delgados, de cabeza con aspecto de reptil y piel verdosa oscura. Hablan un idioma incomprensible y viven en raras ciudades medio subterráneas, rodeados de brillantes aparatos de metal.

—Tal vez sean muy inteligentes —dijo Corvee—. Lank Kewin logró llegar hasta ellos y debió hacer un pacto, puesto que consiguió volver y convencer a Lou Merlo para que lo abandonara todo y le acompañase. Es posible que no tengamos que luchar con ellos.

—Nuestro deseo no es combatirles a menos que ellos se muestren hostiles —gruñó Hunt.

Salieron de la tienda y Jonas y Corvee se separaron de él y Rebeca, alegando que se interesarían por los heridos ulikas.

La noche era fresca y Hunt condujo a Rebeca hasta el mayor de los vehículos. La llevaba por la cintura y de vez en cuando ella reclinaba su cabeza en él.

Sin medir palabra cerraron la puerta por dentro y ella abrió la cama empotrada. Luego se desnudaron e hicieron el amor.

Cuando terminaron, Hunt encendió un cigarrillo. Sabía que Rebeca no fumaba, pero se lo cedió cuando ella se lo pidió para aspirar un poco de humo.

—Estás nerviosa —dijo él—. ¿Por lo que hemos hecho?

—No. Lo estaba deseando.

—Gracias por decirlo —sonrió Hunt en la oscuridad—. No me hubiese gustado que lo hayas hecho por agradecimiento.

—Lo estaba necesitando. Y tú me gustas.

—Había pensado que estando tan cerca de encontrar a tu marido...

—No se lo diré, pero no porque no me falten deseos. Yo también sé

comportarme con infidelidad.
—¿Qué quieres decir?
Ella se sentó en la cama y se volvió para mirarle fijamente:
—¿Es que no lo sabes aún? Creí que Corvee o Wilson te contaron algo. Lou y Lank eran muy buenos amigos mucho antes que los conociera. Demasiado buenos amigos. ¿Entiendes?
Entre asombrado y divertido, Hunt emitió una corta risa.
—Bueno, eso no es nada para extrañarse, ¿no?
—Desde luego. Pero Lou fingió quererme, ser heterosexual.
Hunt recordó lo que había oído y se atrevió a repetir algo de lo que ya sabía:
—Entiendo. Lou quería dinero para sus expediciones, ¿no es así?
—Sí, y estaba tan ansioso por dirigirse al sector NN-598 que partimos en plena luna de miel. Por supuesto, Lank Kewin nos acompañó. Al principio no noté nada porque fingió demasiado bien, pero a las pocas semanas comprendí que me había equivocado. No dije nada a mi padre, y mucho menos cuando empezaron los problemas con el agujero negro, el descubrimiento de este mundo y todo lo demás.
—¿Qué pasa con Corvee y Wilson?
—Oh, son dos buenos tipos. Podemos confiar en ellos.
Hunt fumó y preguntó mirando a las sombras de la cabina de dirección:
—¿También has tenido que ver con ellos, Rebeca?
—No. Sólo son amigos y colaboradores —soltó una carcajada—. ¡Eh! ¿Es que tienes celos?
Aplastó el resto del cigarrillo y se volvió hacia ella, tomándola por los hombros y besándola.

* * *

Rebeca conducía y Hunt permanecía callado a su lado. Al otro lado de la cabina estaba Jonas, repasando unos datos e informes. Estaría muy ocupado con sus cálculos, sobre todo después que se enteró que debajo de unos pocos metros de tierra existía en la Montaña una superficie de metal.
—Si comenzaste á despreciar a tu marido, ¿por qué has vuelto?
—Mi padre invirtió casi todo su dinero en la «Barracuda».
Teníamos el derecho a recuperarlo. Este planeta, su descubrimiento y posterior colonización, puede dar mucho dinero. ¿Por qué dejárselo todo a Lou?
Hunt arrugó el ceño.
—Lo siento, preciosa; pero hay algo que no concuerda.
— ¿A qué te refieres?
—Por ejemplo, siempre te has comportado como una enamorada esposa, ansiosa por reunirte con tu marido. Cuando descendimos

corriste en busca de Lou y luego expresaste convincentemente tu desesperación al no hallarle en el viejo campamento.
—Ya te he dicho que mi padre no sabe nada del fracaso de mi matrimonio. Delante de él hago como si siguiera enamorada de Lou. Pero cuando llegue el momento lo sabrá todo.
—¿Estás segura que Jonas no sabe la verdad? Tu padre no es ningún tonto...
—No estoy segura; pero por ahora no pienso confesarle nada.
—Pudiste no haber vuelto si le hubieses contado a tu padre lo que os sucedía. Habéis pedido dinero prestado a vuestros amigos de la Tierra para alquilar mi nave. ¿Por qué?
—¿No es lógico? Además de la fortuna que puede suponemos el hallazgo de este mundo, Lou no fue un idiota e insistió en que Corvee y Wilson se quedasen con él.
Después de unos instantes de meditación, Hunt preguntó:
—Lou tenía mucho interés en dirigirse al sector NN-598, ¿no? Tal vez él sospechaba que al otro lado del agujero negro existía este mundo o algo que pudiera valer dinero.
—Es posible. Pero yo pienso que fue descubrimiento fortuito.
Callaron porque Jonas entró en la cabina. Llevaba un montón de papeles en las manos y parecía excitado. Tomó un asiento y lo colocó junto a su hija y Hunt.
—Puede resultar increíble, pero estoy seguro que toda la Montaña posee una superficie metálica recubierta por unos pocos metros de tierra.
Hunt sonrió después de volverse para mirarlo.
—Bueno, el que hasta ahora siempre hemos encontrado el liso metal en los agujeros que hemos hecho no quiere decir que una extensión de casi dos millones de kilómetros cuadrados sea igual. Y aún nos queda por saber si la extensión llana que hay delante del pico cilíndrico tiene las mismas peculiaridades.
—Hemos hecho ya doce pozos y en todos nos hemos tropezado con esa superficie lisa de metal que apenas podemos perforar con los lásers. Me temo que vais a reíros de mI teoría, pero no tengo más remedio que contársela a alguien.
—Estoy ansioso por saberla —le animó Hunt, temiendo que el viejo se echase atrás.
—El comienzo de la Montaña está difuminado, pero sé que tiene un ancho de mil kilómetros y asciende durante dos mil kilómetros hasta alcanzar una altura de dos mil metros. Debido a esto, apenas notamos que subimos. Ahora estamos a punto de entrar en una plataforma de quinientos kilómetros de ancha por unos sesenta u ochenta de larga La Montaña se va estrechando a lo largo de dos mil kilómetros hasta quedar reducida su anchura en la mitad. Y ahí está el extraño pico de

forma cilíndrica. Ya podemos verlo, alzándose entre las brumas con su altura de casi mil metros. En total tiene una altitud de tres mil metros, lo cual no es mucho para una montaña. A ambos lados y en el fondo, la Montaña está cortada a pico y es inescalable. Además no se puede llegar a su cúspide volando debido a las tremendas corrientes de aire. ¿Qué es esto en realidad?
—Siempre pensamos que una extraña montaña, un raro capricho de la naturaleza que los diversos pueblos de Ruskana habían transformado en su monte Olimpo particular —respondió Hunt.
—¡No es una montaña! —estalló .Jonas.
—¿Qué demonios es entonces? —preguntó Hunt molesto porque el viejo le había gritado cerca del oído.
—Una rampa, una descomunal rampa de lanzamiento, toda de metal.

* * *

—Estas gentes, me refiero a buragos, ulikas e incluso los misteriosos mustes, no han podido hacer nada semejante —respondió Hunt
—¿Quién ha dicho que fueron ellos? —preguntó Jonas mirándole con aire de suficiencia—. Píenselo bien, Hunt. Con tranquilidad. No puede encontrar otra explicación. Alguien construyó hace mucho tiempo, miles de años tal vez, esta rampa. ¿Con qué fin? Eso no podemos saber lo aún. Quedó abandonada y el transcurrir de los milenios fue depositando sobre su estructura de metal toneladas de tierra. Es fácil. El viento del sur impulsaba cieno y sedimentos, que no volvía a caer porque los vientos procedentes del norte, este u oeste no combaten en la Montaña a causa de las corrientes altas. Lentamente fueron creciendo árboles y el pasto. Los animales subieron y se instalaron aquí, proporcionando caza y comida a las tribus que también, pausadamente, fueron subiendo.
—¿Qué me dice de los riachuelos que bajan hacia el sur?
Aquí no hay lluvias.
—Claro que sí. La humedad es enorme y arriba del todo debe haber lluvias, las suficientes para que produzcan esos riachuelos que hemos visto y que son imprescindibles para que puedan vivir animales y seres inteligentes.
El vehículo avanzaba en cabeza, a una marcha reducida para no dejar atrás la infantería ulika. Los flancos estaban cuidados por los otros dos y desde hacía dos días Hunt dispuso que las unidades nativas armadas con lásers caminasen en la retaguardia. Rebeca dispuso el piloto automático y por un momento se volvió hacia su padre, interesada vivamente ante la teoría expuesta por él.
—Ahora hay que preguntar: ¿Para qué?
El viejo se encogió de hombros.
—La respuesta puede estar arriba.

—¿En el monolito cilíndrico? —preguntó Hunt señalándolo. Lo tenían delante, a unos setenta kilómetros, gris y cruelmente geométrico. Pensó: ¿Por qué no tenía razón el viejo?
Desde que captaron desde la nave, mientras descendían, la presencia extraña de la Montaña, su configuración dibujada en el detector, había sentido una rara opresión en el vientre.
Jonas resopló, y con los ojos fijos en el horizonte hacia el que avanzaba dijo:
—Sí, debe estar ahí la respuesta. —Y añadió con vehemencia—. Tiene que estar.
Hunt movió la cabeza. Entre dientes dijo:
—Una rampa de lanzamiento. ¿Para lanzar qué? Resulta increíble... ¿Quién o quiénes construyeron semejante mole y con qué fin? La verdad es que no dudo que sea algo artificial, pero la tesis de una pista de despegue... No sé. Y si así fuera el gran cilindro sería un estorbo considerable. Y quedan las corrientes de aire. ¿Ha tenido en cuenta esas corrientes, Jonas?
—Sí, claro —dijo el viejo con voz insegura.
—Me temo que no —dijo Hunt—. Y no me diga ahora que esas corrientes son fabricadas, por ejemplo, en la cúspide del cilindro, el cual, obviamente, no será de roca, sino de algún metal desconocido.
—Por supuesto. Ahora estoy convencido que es un perfecto cilindro. Una raza poderosa lo construyó. Hace milenios. Nuestro deber es descubrir cuál es el cometido de ... bueno, podemos seguir llamándola Montaña.
Hunt soltó un gruñido.
—Bien, de todas formas estamos a escasa distancia del cilindro. Y llegaremos pronto porque hemos conseguido dejar muy atrás los buragos.

* * *

Pero Hunt se equivocó. Su error fue no enviar patrullas para vigilar los flancos. Toda su atención estaba al frente. Además, sobre ellos y en la plataforma las corrientes de aire eran demasiado inestables. Según se calculó, subían hasta los mil metros y descendían abruptamente hasta poco menos de los doscientos. Aunque Jonas insistía en que a medida que se aproximaran al cilindro el techo estaría subiendo hasta rebasar los mil metros de altura, y por lo tanto las corrientes estarían muy por encima de la cúspide del cilindro.
Hunt tenía el proyecto de subir al cilindro con los vehículos una vez que alcanzasen la base.
Pero apenas se habían internado unos veinte kilómetros en la franja nivelada, y más confiados estaban, los buragos volvieron al ataque.
Fue el más terrible. No eran muchos, pero consiguieron sorprender el

ala derecha del ya menguado y cansado ejército ulika y lo dividieron en dos de forma brutal.
Hunt conectó con los demás vehículos y consiguió formar una línea defensiva con la mayor parte de los guerreros ulikas, pero observó con desesperación cómo unos trescientos ulikas y casi todos los guerreros con lásers tenían que retroceder hacia el sur, empujados por miles de enfebrecidos buragos.
Antes de ponerse al frente de sus soldados, Gordelane dijo lúgubremente:
—Algún santón burago ha predicho que si extranjeros alcanzan el brazo del Supremo Dios será el fin para la raza burago. Han reunido sus últimas fuerzas y morirán luchando. Esta batalla no terminará con una retirada de nuestros enemigos como siempre ha sucedido, sino con su derrota... o la nuestra.

CAPÍTULO IX

Empezó a llover.
Hunt pensó que era la primera vez que presenciaba una lluvia en Ruskana. ¡Y tenía que ser en la Montaña! Dirigió una mirada de disculpa a Jonas, quien se limitó a sonreir. Pero el viejo no se pudo contener y dijo:
—Ya había dicho que periódicamente debían producirse lluvias en esta zona alta y llana de la Montaña.
Lo que comenzó como lluvia suave se convirtió en un diluvio.
Los buragos emprendieron una retirada vergonzosa y sorprendente. Arrojaron sus armas y todos corrieron hacia el sur, lanzando gritos de terror.
Hunt los miró escapar, casi sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos.
—Esto es una locura. Poseen armas de fuego y se asustan de una simple lluvia —musitó.
—Ilógico, sí —asintió Jonas—. Creo que no son demasiado inteligentes, sino que poseen cierta habilidad para reproducir esos fusiles.
La lluvia cesó tan inesperadamente como se había iniciado. El ejército estaba empapado, pero ileso. El suelo se había convertido en barro y después de celebrar una junta decidieron que debían quedarse allí hasta que el sol secase la tierra. Los carros ulikas no podrían avanzar al mismo ritmo que los vehículos.
—Harán falta varias horas para que podamos volver a emprender la marcha —protestó Hunt, mirando de vez en cuando el cercano cilindro.
Ordo, calado hasta los huesos porque el torrente pluvioso le había

pillado al descubierto, gruñó:
—Maldita sea, tenemos los vehículos. ¿Por qué no nos adelantamos nosotros y subimos a ese cilindro —miró a Jonas—. ¿No aseguró usted que cerca de él podremos volar y descender sobre una superficie de cincuenta kilómetros de diámetro?
—Cierto —asintió el señor Lazaga—. Y creo que Ordo tiene razón. ¿Por qué esperar? Estoy seguro que los buragos no volverán a atacar.
—Pero pueden hacerlo los mustes —advirtió Corvee.
—Por el momento no han hecho acto de presencia. Además, si vamos pocos no temerán que marchamos en son de guerra y podríamos parlamentar con ellos —dijo. Hunt.
—Entonces usaremos únicamente el vehículo mayor. Dejaremos los demás aquí.
Al acercarse Gordelane con la noticia de que los buragos seguían corriendo ladera abajo, Hunt le informó de los nuevos planes. Al ulika no pareció hacerle mucha gracia que no contasen con él, pero cuando Rebeca le insinuó que sólo podían confiar con él para mandar las fuerzas ulikas mientras ellos estaban ausentes, pareció conformarse.
Reorganizaron el campamento y apostaron centinelas avanzados. De todas formas, Hunt no estaba muy seguro que los buragos les dejasen en paz.
—Mi gente espera ansiosa la señal para subir a la Montaña, Hunt Logan —le dijo Gordelane, riendo a carcajadas—. y será un paseo porque los buragos correrán ante ellos apenas les vean.
Hunt puso las manos en los hombros de Gordelane y le dijo amistosamente:
—Amigo, creo que por el momento tus gentes no deben abandonar las buenas tierras del sur. Ya les diremos que deben olvidarse por el momento de subir hasta la Montaña.
—¿Por qué? —preguntó el ulika vivamente sorprendido.
—No estoy seguro, pero digamos que porque aún no está totalmente purificado este terreno para vosotros.
Gordelane aceptó la explicación de Hunt y éste respiró aliviado. No le gustaba decir tal sarta de mentiras, pero intuía que los buenos, ulikas perderían más que ganarían dejando sus apacibles tierras y aldeas. Posiblemente cuando regresasen los guerreros triunfantes se conformarían con escuchar durante muchos inviernos, al calor de las hogueras, los relatos de las hazañas conseguidas contra los feroces y estúpidos buragos.
Todos los humanos se despidieron de los jefes ulikas y especialmente de Gordelane apenas amaneció. Montaron en el vehículo y partieron a gran velocidad. El terreno aún estaba fangoso pero aquello no supuso para ellos ningún inconveniente.

Llevaban una velocidad de más sesenta kilómetros por hora y Hunt calculó que estarían en la base del gran cilindro antes de cinco horas.
El más nervioso de todos parecía ser Jonas Lazaga, quien a veces incomodaba a los conductores, que en aquel momento eran Ordo y Hunt. Miraba constantemente al frente y una vez comentó con su voz nerviosa:
—Observad que lós árboles son escasos y pequeños. En cambio aumentan los caudales que llevan las aguas de las periódicas lluvias al sur, a lo largo de dos mil kilómetros de plataforma —miró a través de los potentes prismáticos y exclamó—: ¡Es asombroso! Debimos haberlo sabido antes y nos habríamos ahorrado muchos inconvenientes e interrogantes.
—¿Qué ha visto, Lazaga? —preguntó Hunt aguzando la mirada hacia el cilindro.
—Es como una descomunal chimenea de ese metal oscuro que hay debajo de esta tierra que pisamos —siguió diciendo Jonas—. Si el sol rojo se ocultara por el norte veríamos un espectáculo maravilloso...
—Díganos lo que ve y déjese de poéticas puestas de sol —Gruñó Ordo.
—El metal es liso totalmente y no veo uniones. Es como si ese cilindro de mil metros de altura por unos quinientos de diámetro estuviese construido de una sola pieza. ¡Por los dioses que me habría gustado observar esta plataforma completa sin la sucia tierra que la cubre!
El vehículo frenó bruscamente y el viejo casi se precipitó sobre los mandos, entre los dos asientos de los pilotos,
Tan atentos habían estado todos mirando el cilindro que prestaban poca atención al terreno por el cual avanzaba el vehículo. Cuando Hunt bajó la mirada y vio aquel grupo de seres flotando a pocos centímetros sobre las pequeñas plataformas apenas tuvo tiempo de pisar el freno.

* * *

No parecían hostiles y se tranquilizaron.
Eran diez los seres y muy altos de más de dos metros de estatura Su delgadez les hacía parecer más altos. La cabeza era estrecha y de cráneo abombado. Dos ojos rojos refulgían intensamente sobre una aplastada nariz, bajo la cual sólo había una delgada raya en el lugar de la boca. La piel era verdosa, oscura y algo brillante. Hunt recordó lo que le dijo Gordelane acerca de los mustes y tuvo que darle la razón. Los mustes tenían aspecto de reptiles.
De los diez mustes uno se adelantó y se puso a pocos metros del vehículo. Alzó una de sus largas manos, sacándola de debajo de una túnica escarlata. Al hacerla mostró una funda de algún extraño armamento que le pendía de la cintura. Los humanos se miraron

inquietos, para inmediatamente pasar al asombro cuando escucharon una potente voz que les dijo:
—Queremos hablar con la hembra humana.
Hunt se volvió para mirar a Rebeca y la notó pálida. Lentamente, la chica se levantó de su asiento y se dirigió a la salida. Entonces la voz potente voz del muste tronó de nuevo:
—Sin armas.
Hunt reprimió sus deseos de detenerla, se mordió los labios y recogió la pistola láser de Rebeca. Regresó a su asiento y la vio avanzar hacia los mustes. El ser que había hablado lo hizo otra vez a Rebeca y ellos ya no escucharon nada. El grueso cristal de la cabina impedía que les llegase cualquier sonido. Entonces comprendió que antes el muste había usado algún medio para amplificar su voz.
Rebeca conversó con el muste durante unos largos minutos. Luego regresó al interior del vehículo mientras que los mustes se apartaban del camino del aún detenido vehículo.
Hunt la tomó de las manos y la miró ansiosamente a los ojos, esperando una explicación.
Rebeca parecía nerviosa y dijo con trémula voz:
—Me han dicho que Lou Merlo nos está esperando. Pero antes tuve que explicarles quiénes me acompañan y todo lo que he hecho desde que abandoné este planeta. Creo que Lou quiere evitar que yo le dé explicaciones cuando nos reunamos con él.
—Creí que los mustes no hablaban nuestro idioma —dijo Hunt con recelo.
Ella le miró.
—Lank Kewin ha vivido con ellos mucho tiempo y les ha enseñado nuestro idioma. ¿Sabíais que Lou ha estado siguiendo nuestro ascenso por la rampa todo momento?
Apretó la mandíbula y Rebeca añadió:
—Sí, así es. Y él fue también quien produjo la torrencial lluvia que alejó a los buragos.
—Vaya, al parecer es el amo de la Montaña, ¿no? ¿Dónde está ahora?
Rebeca señaló el cilindro con la mirada.
—Arriba. Podemos seguir adelante. Los mustes nos han dicho que nos irán mostrando el camino hasta... hasta sus Altos Señores.
—¿Son Lou y Kewin esos Altos Señores? —preguntó Hunt.
—Sí, claro.
Hunt liberó el freno y puso de nuevo en marcha el vehículo. Miró a los mustes apostados al lado del camino. Le sobrecogió su posición estática y mirada impasible.
—¿Tenemos que hacer el recorrido por la superficie? —preguntó.
—Sí. Podemos llegar a la cúspide del cilindro por el interior.

—¿Por dentro del cilindro?
—No estoy segura. Me dijeron que nos irían mostrando el camino. Eso es todo.
De vez en cuando encontraban algunos mustes que con gestos pausados les indicaban la dirección que debían seguir. Aunque algunas veces se desplazaban hacia la derecha y otras veces volvían al mismo camino recto que pensaban tomar inicialmente retornando a la izquierda, aquel extraño zigzag parecía tener una lógica.
Horas más tarde, con los nervios en tensión y la mole del cilindro pareciendo querer aplastarles, un solitario muste les señaló una parte del suelo que descendía. Era un túnel oscuro y Hunt encendió las luces. Entraron en una rampa metálica, ancha y de bajo techo.
No vieron allí ningún muste, hasta que desembocaron en una gran extensión en donde el techo se elevaba hasta gran altura. Allí vieron una ciudad. O al menos parecía serlo. Eran construcciones pequeñas, de aspecto metálico que formaban varias calles rectas y que conducían todas a una gran plazoleta.
De vez en cuando salía de las pequeñas casas algún muste, que dirigía una mirada opaca hacia el vehículo que despertaba cien ecos en aquel lugar enorme y cerrado. El muste regresaba al interior de su habitáculo indiferente.
—Parecen todos iguales —musitó Rebeca.
—Eso mismo deben pensar ellos de nosotros —respondió Hunt.
—Quiero decir que no veo diferencia de sexo... ni tampoco algún pequeño.
Hunt se encogió de hombros. Estaba más preocupado pensando en otras cosas que para fijarse en pequeños detalles, o al menos se lo parecían a él.
Un muste a bordo de una pequeña plataforma que flotaba en el aire se les puso delante y con un gesto imperioso les conminó a que le siguieran. Avanzaron detrás de él hasta que cruzaron la tétrica ciudad y dejaron atrás las tenues luces amarillas que alumbraban sus calles.
Se detuvieron delante de una pared que al principio les pareció lisa, pero que al observarla mejor vieron como varias puertas.
El muste que les servía de guía se detuvo delante de una de las puertas y sin bajarse de la plataforma manipuló con sus largos dedos en una pequeña consola y la puerta elegida se abrió silenciosamente.
Con gestos les explicó que debían bajar del vehículo y entrar en una especie de ascensor.
Cuando estuvieron a punto de entrar en el ascensor, el muste les exigió con gutural voz:
—Dejen las armas. Donde habitan los Altos Señores no se puede acceder con armas.
De mala gana abandonaron en el interior del vehículo las pistolas. Por

un momento Hunt estuvo tentado de ocultar un pequeño láser, pero lo pensó mejor y lo dejó también. Aquellos reptiles podían tener medios para detectar el arma aunque la escondiera.
Mientras entraban en una cabina esférica miró de soslayo a Ordo. Recordó la media docena de puñales que su amigo siempre llevaba consigo. Se preguntó si desde que estaban en Ruskana había seguido conservando aquella costumbre.
Apenas estuvieron dentro de la esfera, ésta se cerró y comenzó a subir a gran velocidad. Se detuvo suavemente unos minutos después y la puerta se abrió solemnemente.
Estaban en lo más alto de la Montaña, en la cúspide del cilindro.
Al aire libre. O al menos eso pensaron todos cuando los rayos del sol rojo del mediodía les cegó momentáneamente después de tanto tiempo bajo tierra.
Parpadeante, Hunt se hizo una visera con la mano derecha y con impaciencia intentó ver lo que les rodeaba.
Distinguió dos figuras lejanas que avanzaban hacia ellos en medio de un extraño ambiente, que no por tal carecía de un inusitado encanto.

CAPÍTULO X

Uno de los hombres les dijo:
—Bienvenidos.
Y Hunt comprendió que quien había hablado era Lou Merlo. Lo supo porque miró con ironía a Rebeca, mientras que el otro, moreno y delgado, con gesto despectivo, se esforzaba por mostrarse como indiferente espectador de la escena.
Lou Merlo hizo una leve inclinación ante su esposa y luego estudió a Hunt y a Ordo.
—A vosotros únicamente no os conozco, pero ya me han informado quienes sois —con las manos en la espalda se volvió a sus compañeros—. Corvee, Wilson, me alegro de velos de nuevo.
—¿De veras, Lou? —preguntó Corvee mordazmente.
—¡Naturalmente que sí! Debéis creerme. Desde que la preciosa Rebeca, su padre y los demás alcanzaron el fortín no he dejado de vigilaros.
—¿Cuidándonos? —preguntó Slat Wilson.
—Oh, no. Me divertía viéndoos. Dispongo de medios para ello, naturalmente. Desde esta altura puede vigilarse toda la Montaña e incluso parte del resto del planeta —les miró con el ceño fruncido y preguntó casi temiendo una respuesta molesta para él—. Supongo que habréis descubierto que no estamos en una Montaña, ¿no?
—¿No has dicho que nos vigilabas? —dijo Hunt—. Entonces debiste vernos hacer pozos a medida que avanzábamos para aseguramos

que toda la Montaña es una colosal construcción de acero.
—Vamos, comprended que no podía estar todo el día pegado a los visores, a esos mareantes monitores —rió Lou—. Pero en cambio sí he notado que tú, Hunt Logan, pareces haber intimado sincera y profundamente con mi ya no desconsolada esposa, la cual ha encontrado en tus brazos el afecto que deseaba.
—Te odio, Lou —musitó Rebeca acercándose a Hunt.
—En cambio yo sigo sintiendo algo por ti. Digamos que una especie de simpatía. Bah, no debemos convertir esta reunión en algo desagradable. Sois nuestros huéspedes y quiero que estéis cómodos. Venid, por favor.
Hunt había estado demasiado interesado en la conversación y por unos instantes se había olvidado del extraño entorno.
Se hallaban en una gran explanada al aire libre, con exóticas flores y arbustos de raras y multicolores hojas. El camino era suave, como si pisasen una gran y profunda alfombra que serpenteaba entre los parterres. De vez en cuando surgían máquinas del suelo. Los ascensores formaban el único punto más elevado de aquella explanada situada sobre el cilindro.
Caminaron a lo largo de casi doscientos metros y Lou se detuvo cerca del final, donde había una ancha balaustrada de metal dorado. Allí alzó los brazos hacia el cielo, diciendo:
—¿No habéis notado que aquí la atmósfera es fragante y no existe la más mínima brisa? —Antes que ninguno pudiera responder, dijo precipitadamente, como si temiera que alguien le quitase el placer de la explicación—; Un campo de fuerza nos aísla de la atmósfera de Ruskana. Podemos decir que aquí es donde nacen las corrientes de aire que bajan a lo largo de esta estructura, que para comprensión vuestra podemos seguir llamando Montaña. Supongo que ninguna fuerza de la galaxia puede perforar esta barrera que cubre la cúspide del cilindro. Pero en cambio haría que las corrientes de aire cesaran. ¿Interesante? —Viendo la inexpresividad del grupo, añadió—: Debéis recordar esto.
Estaban en un amplio círculo con unas mesas y sillas que rodeaban una mesa repleta de manjares y bebidas.
Lou les pidió que se acomodaran y él se sentó un poco apartado. Kewin, siempre silencioso y con gesto ligeramente hosco, se situó detrás de Merlo. Nadie tocó la comida y tal cosa no inmutó a los anfitriones.
—¿Qué es esto verdaderamente, Lou? ——preguntó Jonas. Lon soltó una carcajada.
—Tú no lo sabes y nosotros, Kewin y yo, no estamos muy seguros. Pero todo se lo debemos a Kewin, a nuestro valiente Lank Kewin.
—Estoy segura de ello —dijo Rebeca sibilinamente.

— Vamos, querida, acepta las cosas como son. Yo he estado todos estos días intentando convencer a Lank para que no dejemos de ser amigos. La verdad, debéis creerme. Lank llegó aquí después de atravesar con gran riesgo de su vida todo el territorio burago. Varias veces estuvo a punto de morir. No podía volver atrás, sino siempre avanzar hacia el norte, hacia aquí.
»Pero cuando llegó a los dominios de los mustes sus pesares terminaron porque éstos le recibieron como un dios, como al dios que esperaban.
—¿Qué son esos mustes?
—Oh, tal vez algún día lo averigüemos, cuando tengamos ocasión de hallar los registros oportunos. Pese a su aparente disfrute de una alta tecnología son unos seres estúpidos, que sólo sirven para obedecer. Durante varios meses Lank fue su único amo. Ahora somos dos. Y si nosotros queremos también os aceptarán como dioses y os obedecerán en todo. Pero con ciertos límites, claro —terminó sonriendo.
—No puedo olvidar que nos dejaste rodeados de buragos, allá en el fortín —le recriminó Slat Wilson—. ¿Fue idea de Kewin?
Entonces Lank se adelantó y dijo desafiante:
—Así es. Dije a Lou que no nos convenía vuestra ayuda, que nosotros nos bastábamos a para salir adelante.
—Pero Lank es comprensibo y admitió mis sugerencias
—Lou sonrió—. Aquí hay riquezas para todo el mundo de sobra. Rebeca, siempre dije que deseaba hallar mi suerte en algún lugar del espacio. Y tuve razón. Con sólo las migajas cada uno de vosotros seréis inmensamente ricos y poderosos.
—Pero vosotros os quedaréis con la mejor tajada, ¿no? —preguntó Corvee.
—Es lo justo —dijo Lou—. Ya os he dicho que durante varios días os hemos estado siguiendo por los monitores. Cuando las cosas se pusieron feas durante el último ataque burago decidí adelantar las lluvias y espantar a esos cerdos.
—¿Cómo provocas las lluvias? —preguntó Lazaga.
—Bueno, —periódicamente tienen que producirse para descargar la concentración de humedad que se produce por debajo de este nivel. Pero desde aquí yo puedo anticiparla. Eso no tiene la menor importancia.
—Eso pienso yo —dijo Hunt—. Creo que tienes algo que proponemos, Lou.
—Claro que sí.
—Dinos antes qué es la Montaña.
Lou miró al viejo, divertido.
—Dime, querido suegro, lo que has pensado tú que es.

—Una rampa de lanzamiento construido hace milenios en ese planeta por una gran raza, que el tiempo ha disimulado, haciéndonos creer que es parte integrante de la naturaleza de Ruskana. .
—No está mal —rió Lou—. Pero tus aciertos son escasos.
Pleno acierto al suponer que es algo construido por una raza inmensamente más adelantada que todo cuanto conocemos y esto debió suceder hace milenios. Pero no es una rampa fija al suelo para el hipotético lanzamiento de colosales naves.
—No veo otra explicación...
—¿Para qué tenía que ser una rampa de lanzamiento cuando la Montaña es la nave, la más gigantesca nave que nunca se hubiera podido imaginar? —y Lou estalló en carcajadas que careó ligeramente su amigo Kewin.

CAPÍTULO XI

—Desde esta plataforma se dirige la nave —dijo vehementemente Lou, abriendo los brazos, queriendo abarcar con su gesto las máquinas diseminadas entre los jardines. Se acercó a la balaustrada y apoyó una mano en el aire—. Sería difícil que alguien pretendiera suicidarse arrojándose al vacío, ¿no? —rió y miró al asombrado grupo —. Veo que estáis sorprendidos. No es para menos. Cuando Kewin me contó en el fortín lo que había arriba a mí también me costó trabajo creerle. Pero es la verdad. Kewin descubrió muchas cosas y eso apenas es la milésima parte de lo que aún tenemos que descubrir. Pero lo más importante para nosotros es que podemos poner en el espacio esta nave después de milenios de permanecer posada en este continente.
—¿Seguro que podéis vosotros solos? —insinuó Hunt.
—Desde luego. Pero disponemos de la ayuda de los mustes.
—¿Seguro? Antes dijiste que aún no sabíais exactamente qué son...
—No fue eso exactamente. Escuchad, todos los seres más menos inteligentes fueron traídos a este planeta por los antiguos dueños de esta nave. ¿Para qué? Imposible saberlo ahora. Posiblemente quisieron dar una oportunidad a alguna raza, para que la más fuerte venciese al final. Ulikas, pasivos y buragos fueron traídos de lejanos planetas. El más inteligente, el más fuerte debía quedar, al cabo de milenios, como únicos primates inteligentes, dueños de Ruskana. Tal vez entonces los misteriosos experimentadores volviesen.
—¿Para qué tenían que volver? ¿Para felicitar a los vencedores?
Ante las preguntas de Rebeca, Lou se encogió de hombros.
—No lo sé.
—Pero es absurdo que hayan dejado abandonada esta nave, ¿no os parece?

—Podemos recorrer el interior del cilindro y parte de una sección relativamente pequeña. Pero quedan muchas secciones inexploradas. Lo principal, repito, es que cuando queramos podemos navegar por el espacio. Mi proyecto es conducir esta nave hasta el Sistema Solar, darla a conocer y obligar al gobierno de la Tierra y la Galaxia a que nos apoye para descubrir el punto de procedencia de los misteriosos seres, que podemos llamar Desconocidos. Los beneficios que nos revertirán serán fabulosos, y eso sin contar con los derechos de colonización de Ruskana.
—Has olvidado de decimos cuál es el cometido de los mustes.
—Creo que los trajeron los Desconocidos para ayudarles, como criados de escasa categoría. No son muchos, apenas un par de miles, pero siempre sirvieron de muro de contención para impedir que los buragos, los más próximos al cilindro, les estorbasen. Son seres acondicionados para servir a los que sean dueños de este singular puente de mando. ¿Entendido?
—Todo está claro dentro de la nebulosa general que supone esta nave que hemos conocido como una montaña —dijo Hunt—. Pero me opongo a ponerla en el espacio. O al menos en un plazo cercano.
El gesto de Lou se crispó. Nervioso, manipuló en una consola y en el aire, a pocos metros de ellos, se formó una imagen vista desde unos cien o más metros de altura. Allí se veía una densa masa de ulikas subir por la ladera hacia el cilindro. Aún estaban a varias jornadas de camino, pero estaban encima de la nave, y eso fue lo que hizo que todos enmudecieran, excepto Lou y Kewin, que se miraron entre sí y sonrieron.
—Le he adivinado lo que piensa, Hunt. Usted ha recordado que además de los buragos y pasivos ahora están sobre la nave varios miles de sus fieles ulikas, ¿no?
—Exacto No estoy en contra del proyecto de partir, pero si debemos posponerlo hasta que logremos evacuar a todos los que estén en la ladera, sean ulikas o buragos. En caso contrario morirían porque sólo el cilindro está protegido con un campo de fuerza para contener una atmósfera artificial, y no olvidemos a los mustes, que comparten su vida subterránea con la de superficie.
—Los mustes se recluirán en su ciudad interna apenas les advirtamos. En cuanto a los demás... Lo siento, pero no podemos hacer nada por ellos. Es tarde.
—¿Por qué es tarde? —preguntó Rebeca.
—Porque todo está dispuesto para la partida —sonrió Kewin—. Tardé mucho tiempo en descubrir cómo elevar esta nave y cuando manipulé los mandos lo dispuse todo para partir dentro de doce horas a partir de ahora. Y eso lo hice hace tres meses. Creo que el proceso es irreversible. Cuando me di cuenta de lo que había hecho decidí bajar

en busca de Lou. Pero lo pensé largo tiempo porque temía alejarme de aquí. Entonces conseguí usar el rastreador visual y le descubrí acorralado en el fortín —Lank indicó la imagen suspendida en el aire, en donde la larga masa de ulikas continuaba su emigración ladera arriba.
Rebeca, enrojecida por la rabia, se plantó delante de Lou.
—Eres despreciable —le dijo—. Durante días sabías que esta colosal nave iba a partir hacia las estrellas y no has hecho nada por advertírnoslo. ¡Eres un ser nauseabundo y te odio!
Lou entornó los ojos.
—Escucha, Rebeca. Eres inteligente y habrás comprendido que lo nuestro terminó, ¿no? Pero no soy un desalmado y cuando comprendí que estabais en serio peligro exigí a Kewin que él hiciese llover para salvaros. Entonces envié a los mustes para traeros aquí porque aún había tiempo. No quiero la muerte de ninguno de vosotros, pero tampoco toleraré que me causéis problemas. ¿Está claro? Por mí puedes hacer lo que te venga en gana, que por cierto es lo que has estado haciendo con ese tipo, con Hunt.
—¿Lo sabes? —preguntó Rebeca desafiante.
—Claro que sí. Una vez os vi muy acaramelados. Pero ya he dicho que no me importa. Cuando regresemos pediremos la anulación automática de nuestro matrimonio. Espero que no pondrás impedimentos legales...
—¿Estás loco? —De todas formas, Rebeca soltó una carcajada nerviosa—. Será el mejor regalo de mi vida.
Hunt se interpuso entre el matrimonio.
—Me revuelve el estómago esta conversación. El tiempo pasa y si esta nave partirá a las estrellas en pocas horas debemos hacer algo para impedirlo. Morirán muchos miles de seres y es posible que también, debido a la violencia del despegue, sufran las consecuencias las tribus ulikas enclavadas a más de mil kilómetros a la redonda. Antes de proceder a semejante matanza debemos aseguramos que el proceso de partida es reversible y detenerlo. Luego, pasado algún tiempo y desalojada la zona, se podría volver a intentar.
—No.
Todos se volvieron y miraron a Kewin. Tenía un láser amartillado y apuntaba a todos excepto a Lou.
—No toleraré ninguna demora. Yo pienso que no podemos detener el proceso, pero si existe alguna posibilidad también corremos el riesgo de inutilizar la sensible maquinaria y no lograr nunca que esta nave regrese al espacio.
Hunt percibió una mirada de complicidad en Ordo y luego vio que Corvee ladeaba ligeramente la cabeza. Se adelantó y dijo a Kewin, atrayendo su atención:

—Podemos intentarlo. Si no es posible lo dejaremos correr y...
Corvee saltó sobre Kewin. Le hubiera alcanzado de no tropezar con un pequeño arbusto y su brinco resultó corto. Pero Kewin se movió mecánicamente y disparó contra él. Corvee aulló de dolor al perforarle el rayo láser el vientre y se revolcó entre un macizo de flores.
El gesto de Corvee parecía haber exhaltado a Kewin, y entre maldiciones movióse para disparar de nuevo cuando Lou se colocó delante de él para apaciguarle. Recibió el nuevo disparo a quemarropa, en pleno rostro.
Kewin miró con ojos desorbitados a Lou mientras caía hacia atrás con la cara convertida en una masa irreconocible. De su caída mandíbula surgió un quejido que lentamente se fue transformando en un aullido de rabia.
Hunt empujó a Rebeca para salvarla de la inminente salva de disparos. Entonces actuó Ordo.
Con increíble rapidez, el gigantesco socio de Hunt fue arrojando puñales contra el pecho de Kewin. A cada impacto, Lank retrodecía un paso. Al recibir el quinto puñal soltó el lasér y con el sexto tropezó con la ivisible barrera de energía y resbaló por ella. Cuando murió tenía los ojos abiertos y una extraña expresión de estupor.

* * *

Había sido Hunt el primero en reaccionar, recordando que no debían perder el tiempo. Lo más urgente era detener el proceso de partida.
Se movieron torpemente por la gran explanada que coronaba el cilindro. A una llamada de Rebeca todos se reunieron delante de una gran consola repleta de dispositivos, paneles y cuadros de mandos. Unos signos extraños estaban esparcidos. Ante aquel conjunto, Ordo se maldijo por haber matado a Kewin.
—Debí haberlo herido nada más. Le habríamos obligado a decimos cómo se manejaba esto.
—Demonios, Ordo, nos has salvado. No debes recriminarte nada. Ese loco de Lank nos habría matado a todos, incluso antes de haber liquidado él a su amigo Lou —le tranquilizó Hunt, sudando de angustia ante los intrincados mandos.
Sabía que con las pocas horas que tenía delante no podría saber nada de su significado. Comentó en voz alta que si Kewin había necesitado varios meses en descubrirlo ellos no podían hacer nada en unas horas.
Slat Wilson torció el gesto y dijo:
—Me extraña mucho que ese cretino de Kewin hubiese conseguido averiguar algo él solo. Nunca conocí mayor inepto que él para la navegación estelar. Siempre me pregunté cómo Lou lo mantenía como tripulante —sonrió con sorna y añadió—: Claro que ahora ya

tenemos la respuesta.
—Si Kewin no estaba capacitado... —murmuró Hunt—. ¿Cómo lo hizo?
Después de unos tensos segundos en silencio, Rebeca exclamó:
—¡Los mustes! Esos seres deben saberlo. Son los criados de los Desconocidos y pese a que han pasado milenios deben conocer ciertos secretos de esta nave. Seguro que Kewin, desesperado, terminó preguntándole a ellos y entonces tuvo la respuesta.
Jonas Lazaga dijo:
—Yo iré a buscarlos.
Cuando desapareció por un ascensor, Rebeca entornó los ojos y musitó:
—Recemos para que los mustes nos consideren sus amos aunque no estén presentes Lou y Kewin.

* * *

Los mustes eran unos seres estoicos que aceptaban cualquier cambio siempre que sus rudimentarias mentes acondicionadas no encontrasen ninguna contradicción en su extraño código.
Informaron de todo lo referente al manejo de la nave a los humanos. No hubo ningún inconveniente en detener el proceso de lanzamiento.
Ordo y Slat regresaron al día siguiente donde estaban acampados los ulikas y dijeron a Gordelane que su pueblo subía por la ladera en dirección al cilindro, pero que tal emigración debía ser detenida porque era importante evitar una nueva guerra con los debilitados buragos.
Gordelane respondió que su pueblo no admitiría aquella sugerencia. Podrían detenerse algún tiempo a mitad del camino, pero que su intención sería proseguir la ascensión más adelante. Slat y Ordo condujeron a Gordelane y a varios notables ulikas hasta la cima del cilindro. Allí les explicaron que los dioses habían estado observándoles y se sentían complicados ante su demostración de fe, pero que ya no era preciso cubrir el viejo objetivo.
—Algún día la Montaña romperá su unión con el continente y se elevará a las estrellas. Y cuando tal cosa ocurra, todos los seres que vivan en la ladera perecerán —dijo Hunt—. Es conveniente que los pueblos, ulikas, pasivos y buragos, retrocedan, deben instalarse lejos de la Montaña y no acercarse a ella. Más allá las tierras son fértiles y la Montaña, en cambio, comenzará a volverse estéril. Los árboles y pastos que crecen en ella morirán y la tierra se deslizará hacia el sur, mostrando entonces su fría superficie de metal.
Los ulikas terminaron aceptando y Gordelane se despidió emotivamente de sus amigos humanos. Cuando hubieron partido, Rebeca preguntó a Hunt:

—¿Estás seguro que la Montaña se desprenderá de su corteza de tierra?
—Sí. Precipitaremos lluvias torrenciales que la dejarán limpia. El acero brillará al sol y cuando volvamos intentaremos de nuevo ponerla en el espacio. Y luego, si no es posible, con la ayuda de los mustes, conducirla hasta el Sistema Solar.
—¿Quieres decir que no lo haremos ahora?
—No, de ninguna forma. Regresaremos primero a Altear en el «Polifemo» y luego saltaremos a la Tierra. Nuestro descubrimiento es demasiado grande para que nosotros, unos torpes navegantes, corramos el riesgo de cometer un grave error —miró a los demás, que le observaban expectantes—. No olvidemos que en el interior existen millones de kilómetros de pasillos, de salas, y mil pequeños detalles que son desconocidos para nosotros.
—Y es posible que aún los Desconocidos estén dentro, durmiendo un largo sueño, ¿no? —insinuó Jonas.
—¿Por qué no? Kewin iba a cometer un acto irresponsable al intentar poner esta increíble masa en el espacio, sin haber hecho estudios más profundos de lo que encierra en su interior. No olvidemos que sólo conocemos una milésima parte de lo que contiene. No sé, pero puede existir algo, como un dispositivo que alerte a los constructores de esa nave de que algún ser la ha puesto en marcha. Los Desconocidos aún pueden vivir, en algún planeta escondido a miles de pársecs.
—Lo más probable es que esa raza ya no exista —dijo Rebeca.
—Pudiera ser, desde luego —admitió Hunt—. Pero debemos mostramos prudentes. Si no hay ninguna opinión en contra, dentro de dos días regresaremos a la nave «Polifemo» y partiremos.
Rebeca arrugó el ceño.
—De nuevo el agujero negro.
—¿Le temes? —preguntó Hunt mientras tomándola de la cintura la condujo lejos de los demás.
—Sí. Por dos veces lo he atravesado y he salido al mismo lugar. Pero esos agujeros son inestables y me pregunto si la tercera vez responderá igual.
—No sería una mala solución. No volveríamos a encontrar nunca más Ruskana. Ulikas, pasivos y buragos vivirían miles de años, hasta que sólo una raza quedase superviviente y al alcanzar cierto nivel de inteligencia sería la dueña de esta nave.
—Que entonces sería una masa enorme de metal, carente de vida y vegetación, ¿no?
—Exacto. Daremos instrucciones a los mustes, que no pueden evolucionar, para que manipulando las lluvias arrasen toda la tierra de la superficie metálica de la rampa. Si algún día asciende algún pueblo

poseedor de cierta cultura, ellos les servirán.
—¿Vivirán tanto tiempo los mustes?
—Oh, sí. Ellos poseen siempre el mismo número de seres.
Y disponen de campos hidropónicos dentro de la nave. Sabrán esperar.
Rebeca se apretó contra Hunt y dijo:
—Me gustaría que no esperasen mucho.
—Es posible que así sea, que dentro de unas semanas estemos aquí de regreso.
Hunt miró el horizonte. La gran ladera descendía hacia el sur y allí se confundía con el horizonte. Aspiró hondo y dijo:
—Para entonces los ulikas no estarán ya sobre la nave.
Ellos se llevarán consigo a los pacíficos pasivos. Es posible que los buragos sean más tercos, pero están ya desorganizados y no nos costará darles un pequeño empujón y obligarles a vivir al otro extremo del continente. Intentaremos que durante algún tiempo no guerreen contra ulikas ni hagan esclavos suyos a los pasivos.
»Haremos todos eso, Rebeca, si el agujero negro no nos juega una mala pasada y conseguimos estar de nuevo aquí, con grandes medios y colaboradores capacitados.

FIN